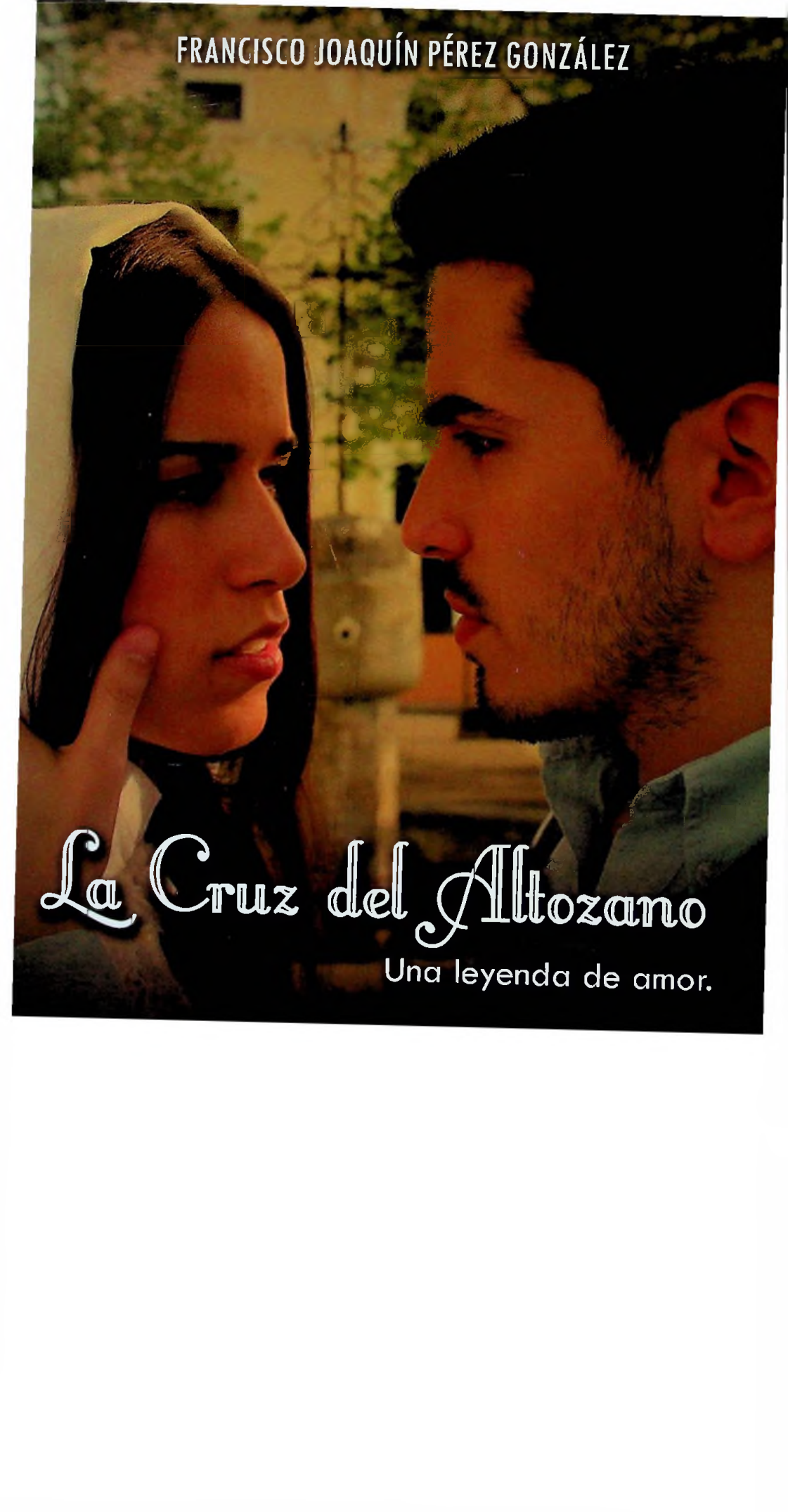


A romantic close-up of a man and a woman looking at each other. The woman is on the left, with her hand near her face, and the man is on the right, with a beard. They are both looking towards the center. The background is a blurred outdoor setting with trees and a building.

FRANCISCO JOAQUÍN PÉREZ GONZÁLEZ

La Cruz del Altozano

Una leyenda de amor.



La Cruz del Altozano

FRANCISCO JOAQUÍN PÉREZ GONZÁLEZ



© Francisco Joaquín Pérez González
Depósito Legal: BA/379/13
Fotografía y diseño cubierta: José Torres Navarrete.
Fotografías interior: F. J. P. G. y José Joaquín Alzás Casas.
Edita: Asociación de Mujeres "Altozano".

Este libro fue presentado el 16 de agosto de 2013,
el mismo día del estreno de la película homónima.

*A Agustina.
Muchas palabras y silencios
de este libro se deben a ella.*

PRESENTACIÓN

En un pueblo pequeño, como por suerte lo es Barcarrota, todos nos conocemos. Sabemos de las muchas virtudes y pocos defectos de nuestros convecinos. Sabemos a dónde se puede llegar si el esfuerzo de estos se aglutina, así como somos conocedores de que la unión –y no vamos a descubrir nada nuevo a estas alturas- hace la fuerza.

Pero pocos sospechábamos que, esa referida unión, haría algún día posible llevar a cabo un ambicioso proyecto como el que ahora se da a conocer.

El trabajo que tienen en sus manos recoge una historia que los barcarroteños hemos escuchado desde pequeños, así como, seguramente, también lo hicieron nuestros antepasados. Aquí encontraremos un texto sencillo donde se narra la historia de una pareja de enamorados al que el padre de ella, el alcalde de Barcarrota, no permite su relación. Hasta aquí podría ser la historia sencilla a la que nos referimos.

Pero lo notable de todo esto es que una asociación de la localidad, la Asociación de Mujeres “Altozano”, decidió ponerse manos a la obra y hacer de este modesto guión un, y no es excesiva vanidad sino simple definición, excelente trabajo cinematográfico.

A mucha gente tal vez le de miedo meterse en este tipo de proyectos tan aparentemente complejos pero -y ahí es donde sobre todo es notable este trabajo-, esta Asociación supo rodearse de un magnífico equipo que, casi profesionalmente, ha dado a la gran pantalla una película que sin duda servirá de orgullo, tanto a las personas que en ella han participado –que no son pocas- como a los paisanos que van a tener la suerte de verla, disfrutando y compartiendo con esta asociación el esfuerzo y la satisfacción que un trabajo de esta entidad requiere. Aunque es larga la lista de destacadas personas que han hecho posible la película “La Cruz del Altozano”, poco ético sería evitar nombrar a Antonio Puente Rodríguez y familia y a Agustina Pinilla Montero e igualmente familia. Dos grupos bien compenetrados que, disfrutando inicialmente ellos, han contagiado un espectacular ánimo a todos los que en sus manos han creído conveniente ponerse.

En este libro, aparte del texto en sí que sirvió, como queda dicho, de guión a la película, también encontrará el amable lector un diario de las grabaciones donde se demuestra el enorme esfuerzo, al menos en cuestión de tiempo, que el largometraje ha supuesto. También se hallarán decenas de fotografías del rodaje. Pero lo más importante está al final. Ahí se comprobará como casi doscientas personas han puesto su “granazo” de arena para que esta ardua idea haya llegado de una manera digna a los espectadores. Como digo, al final aparece una larga nómina de personas que han dedicado una importante parte de su tiempo de libre disposición a disfrutar trabajando para “una película”. Decenas de vecinos “van a salir en una película”. Pero lo más importante, van a salir “en su película”. Y eso, créanme, es algo de lo que pocos pueblos pueden presumir.

Mª Cándida Alzás Trejo
Concejal de la Mujer

I

Barcarrota es un pueblo del sur de Extremadura. Uno de esos pueblos donde por sus calles ha pasado tanta historia. Un pueblo donde la gente se conoce y saluda. Y se conoce al padre y al abuelo del que se saluda.

La Patrona de Barcarrota es la Virgen del Soterraño. A ella acuden a diario y desde tiempos lejanos, gentes de toda España en busca de su favor, como queda convenientemente recogido en su voluminoso *Libro de Milagros*.

Las calles de Barcarrota corren apiñadas hacia la plaza principal, como dándose codazos para ser las primeras en visitar la torre de su señorial castillo, la recién inaugurada estatua del descubridor Hernando de Soto, sus soportales o los tres abovedados arcos de la calle que baja a la iglesia. Y es en ésta calle donde está la casa del alcalde de la villa. Alto enrejado en sus ventanas. En una de ellas, Juan, el hijo del carbonero y heredero de este milenario oficio, ata a su burra cargada de sucios sacos de arpillera.

-¡Quieta! ¡Qué burra eres!

Dos golpes a la puerta y de la señorial casa sale la criada a recibir el carbón que calentará tan amplias salas. Tras ella y camino de la iglesia aparece Clara, la joven y bella hija del regidor.

Juan, saco de carbón al hombro, no repara en su presencia y tropieza levemente con la joven muchacha, arrojando el pequeño misal que aquella portaba en sus manos.

-Perdón, señorita, no la había visto.

-No pasa nada –dice Clara agachándose a recogerlo rápidamente del suelo.

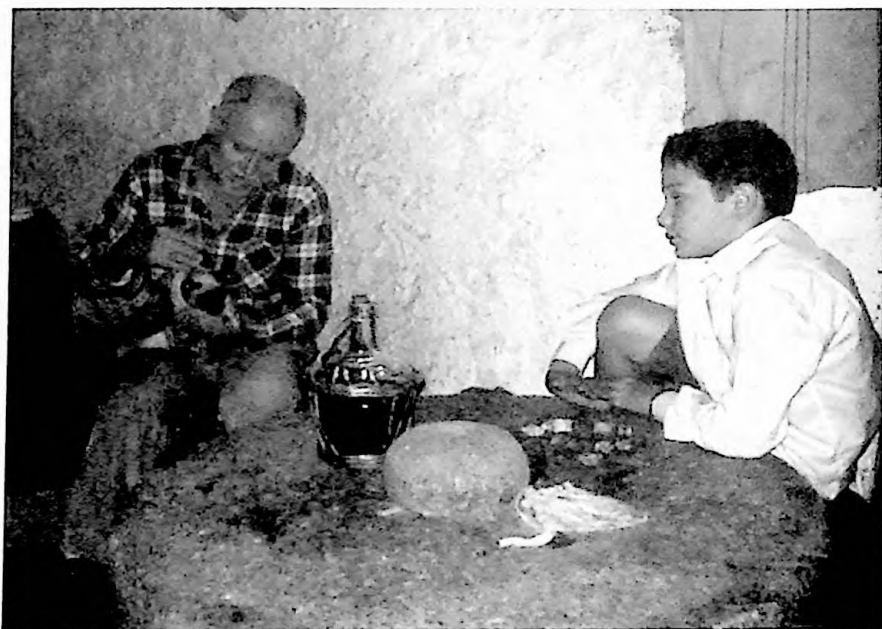
Juan ha tenido la misma intención. Ambos se miran un instante. Breve. Rápido. Lo suficiente para dejar clavada la mirada de los dos en la memoria los próximos días, las próximas semanas,... quién sabe si en los próximos siglos.

II

El azud seguía soltando agua por el aliviadero hasta el cubo. Desde allí y debido al estrechamiento que en su interior se produce, hacía que el agua cayese con suficiente fuerza para mover el rodezno. Las alabas de éste, de recio alcoroque, forzaba que la piedra volandera del molino girase. El sonido del roce que esta piedra, recién repicada, provocaba bruscamente al acariciar a la fija, acompañaba al viejo molinero, como reiterativo y pétreo soniquete, en su monótona tarea diaria.

Había que aprovechar la noche de lluvias. El azud estaba repleto y no quedaban ya muchas oportunidades dado lo avanzado del invierno que, en breve, daría a su fin.

Las canas del viejo molinero denotaban sacos de experiencia. La mirada, triste por las penurias en su vida pasadas, contrastaba con la breve alegría que en su ajado rostro se vislumbraba. Alegría ésta motivada por la



presencia de su tierno nieto. El niño, utilizando una desechada molinera piedra adaptada como mesa, lanzaba las tabas al aire, esperando que al aterrizar en la rugosa mesa, adquirieran las posiciones que con ahínco e insistencia buscaba.

-¡Hala!, a esperar a ver si llenamos el último costal y nos vamos *pa'* pueblo, aunque se ha puesto la nochecita como para andar por esos caminos –dijo el veterano molinero, soltando el alargado costal y acercándose a la piedra donde entretenía sus manos y mente el nieto.

Al bajar el breve escalón donde se hallaba la piedra moledora, dio muestras de que los años habían pasado especialmente por sus huesos, dejando un temporal dolor en su espalda.

El nieto, sin dejar de lanzar al polvoriento y oscuro aire las tabas, recordando mentalmente las cuatro posiciones del raído hueso, a saber, hoyo, panza, pico y plana, interrogaba al anciano buscando distracción a la larga y tormentosa noche.

-Abuelo, ¿desde cuándo eres molinero?

-Cuando llegué a este pueblo seguí con mi oficio. Pero cambié porque aquel era muy sucio. Éste es más tranquilo –dijo, para, tras una leve pausa, indagar en el pasatiempo que ocupaba al zagal.

-¿Qué haces?

-*Na*, practicando, a ver si Luisito no me gana tantas tabas.

Los truenos se iban acercando al viejo molino. Su resplandor se aproximaba velozmente, dibujando en las encaladas paredes la silueta inquieta de sus dos moradores.

-Abuelo, cuando estas solo ¿no te da miedo estar aquí?

El abuelo, recién llenado el vaso con tinto vino de la tierra, lo saboreó. Sin soltar al gris gato que mantenía entre sus manos, contestó.

-A todo se acostumbra uno. Hay trabajos que dan más miedo.

-¿Y cómo te entretienes? –continuó el nieto.

-No da tiempo a entretenimientos. De todas maneras, cuando estoy aquí sentado, me pongo a recordar las historias que mi abuelo me contaba.

La mirada perdida que acompañó a esta respuesta animó al muchacho a insistir.

-¿Te acuerdas aún de alguna de ellas?

-Siempre tuve buena memoria. En eso has salido a mí –y acarició en tanto, cariñosamente, la desnuda pierna de su nieto.

-Cuéntame alguna.

-Sí, porque la noche no está para otra cosa –dijo mientras un nítido relámpago blanqueó fugazmente su rostro.

-Pero que sea de miedo.

El niño dejó las tabas en su casual posición y apoyando el codo en la incomoda y desechada volandera, se dispuso a escuchar la historia que se avecinaba. A diferencia de otras ocasiones, cuando hacía compañía a la

labor de su abuelo, en las que el cansancio le hacía asumir y sucumbir al eterno aburrimiento, esta vez pensaba que la noche se le iba a hacer realmente corta.

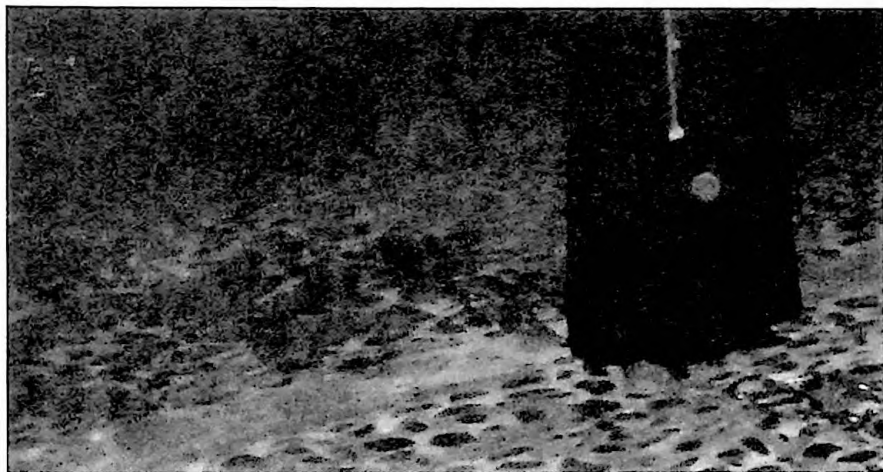
-Te voy a contar una historia que pasó en mi pueblo hace ya algunos años —principió el molinero.

-¿En Barcarrota? —inquirió el curioso nieto.

-Sí, en Barcarrota. La gente cuenta que fue durante Semana Santa cuando ocurrió lo que te voy a contar. Los niños de entonces aprovechábamos las pocas horas de descanso que nuestros padres nos daban en el campo para dedicarlas a jugar por esos caminos de Dios —y la mirada del anciano se encontró de repente, junto con su mente, en los primeros y lejanos números de su vital calendario.

III

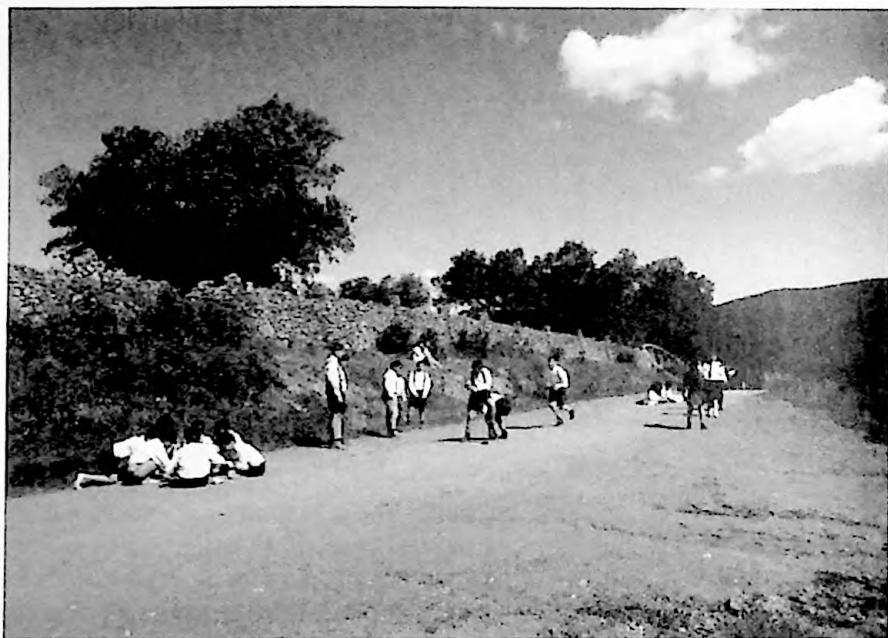
Entonces, las cadenas sonaban, saltando entre los pulidos rollos, arrastradas por descalzas y callosas piernas. Era Barcarrota. La oscuridad era dueña de la Plaza de Santiago. El nítido y continuo eco de un pellejudo bombo discurría calle arriba, calle abajo, como única y melódica compañía.



Recordaba al Cristo, crucificado hacia el Cielo, buscando con su mirada el perdón para todos los que a su lado discurrían y a los que su imagen se plasmaba difusa en las fachadas aledañas. La noche avanzaba entre las oscuras callejuelas. Las llamas de las velas que los penitentes portaban, esbozaban una línea nerviosa e interminable que delimitaba claramente el camino de regreso a la ermita. El cura, cano, tal vez rollizo, llevaba su gruesa llave resonante para, una vez recogido el Cristo, que poco ya quedaba, cerrar con ella la devota noche.

IV

Amanece, como tantas veces, como tantos siglos en Barcarrota, en esos campos de Dios. La incesante actividad vitaliza la sabia de las cercanas encinas. Unos niños jugando aquí—*a la una anda mi mula*, parece oírse—y una cimbreante y manida sogá evitando las delicadas piernas de varias niñas, dan matices a la ya viva y coloreada mañana.



Dos zagales portan, cual valioso tesoro, una parda gallina. No se les escapa. No. Caminando juntos la sostienen. ¿De dónde la habrán cogido? Piensa el rubio labriego que, azuzando a su cano burro cargado de retamas, con ellos se cruza. La madre de aquellos seguramente no les preguntará ni regañará por saber de dónde han cogido tal gallina. Lo más seguro que la discusión radique en torno a si la prefieren de almuerzo o de cena. Así es el hambre. Así es el hombre.

Dos niñas, mandil a cuadros la más pequeña, pascan recogiendo amarillas flores. Un pequeño, moreno, con la nariz raspada de campestres juegos, es portado entre ambas dirigiendo, seguramente, el camino por donde deben seguir el silvestre itinerario.

Otro coro juega a la *hoja de higuera*. La navaja, hábilmente manejada, vuela hacia el suelo en busca de la chumba hoja.

-Nosotros nos vamos a arreglar para la procesión –dice un frágil niños tras recoger del suelo el repión recién lanzado.

-¿Vosotros no vais a venir? –añade, el que le acompaña, al grupo del juego. La boca negra de olvidados en juegos dientes.



-¡Pos claro, para un día al año que me lava mi madre! –saltó raudo el moreno niño de castaño pelo y maravilloso flequillo sin soltar la navaja.

Los dos niños se encaminan al pueblo. Sucias sus ropas y limpios de ilusiones conversan, lanzando pequeños chinotes que conducen sus pasos.

-¿Tú crees lo que cuentan por el pueblo? –entresaca el más delgado.

-Ayer me mandó mi madre a la taberna a por mi padre y no se hablaba de otra cosa. Yo me senté un rato a escuchar pero no me enteré de mucho. ¡Estos mayores dan tantas voces cuando ya tienen la nariz colorada por el vino! –incrédulo es respondido.

-Yo creo que son hablaturías e invenciones de gente aburrida. Si

estuvieran más tiempo en la era no tendrían tiempo para inventar amoríos entre unos y otros.

La seca tierra va acogiendo sus pasos. Las pisadas quedan grabadas como tierno recuerdo de una mañana. Recuerdo que será devorado por el paso del aire y de los años.

-Oye, esta noche a ver si le levantamos la falda a alguna niña.

-¡A ver si no para qué crees tú que me gusta ir a mí a las procesiones! —le apunta dando un cómplice y pícaro empujón.

-¡*Cucha*, un *nío*! ¡Trae una piedra! —concluye la conversación uno de ellos y lanzando una piedra van camino abajo hacia el pueblo.

V

El río Alcarrache conduce el agua que nace en la cercana sierra de Santa María hasta perderse en tierras portuguesas. Allá, a lo lejos. El Alcarrache simula un largo espejo de ribeteado marco verde y que en ocasiones es refugio del amor de las parejas del pueblo de Barcarrota. Y junto a él están Clara y Juan. Desconocedores de su triste destino conversan y se entretienen en medio de una desbordante naturaleza, como inaugurando su amor. El agua refleja su inmadura ilusión.



-Bueno, cuéntame algo de ti –pretende Juan dar inicio a un amena conversación.

-¿Qué quieres que te cuente? Si apenas salgo de casa. Soy muy hogareña. Te puedo decir que tengo una madre muy guapa y un padre muy inteligente.

-Sí, ya sé, el alcalde. Lo he visto varias veces por la carbonera, cuando va a tratar con mi padre de negocios.

-Pues a mí me gustan mucho los animales, especialmente los gatos, pero mi abuela no me deja tener ninguno, dice que le estropea las sillas.

-¿Sabes que los gatos se afilan las uñas por debajo de las sillas de enea y es por eso que están hechas polvo?

-Sí –dice ella, agarrando delicadamente una rama que tímidamente parece acercarse a sus manos.

-Dicen que el Manzano, el sillero del pueblo, regala por cada seis sillas que arregla un gato.

-¿Y eso por qué?

-Porque así se asegura el trabajo para el futuro –dice Juan entre las risas de la enamorada-. Pues yo –continúa- me paso todo el día en el campo con el carbón. Pero eso sí, que nadie me quite echar mi vinito todas las noches en la bodega. ¡Tenías que ver que bien lo pasamos allí!

-¡Yo! ¡En una bodega!

-Sí, no pegarías. Tan fina y con lo bastos que son los que allí van. Ven, que te voy a enseñar a hacer rebotar una piedra en el agua –dice Juan incorporándose y buscando rollos planos que permitan demostrar su habilidad.

Y así es. Arrojando la piedra paralela al agua, Juan logra que ésta rebote una, dos, tres veces perdiéndose a lo largo.

-Déjame a mí. ¿Cómo se hace?

Juan, agarrando las manos de Clara por la espalda le indica cómo lanzarla. Ésta, girando la cabeza, le mira y aprovechando la cercanía, le da un leve beso en la cara, se suelta de él y echa a correr.

Tumbados en el manto verde y húmedo de la mañana las caricias y los besos se reflejan en el agua plasmando nítidas láminas como aquellas que, grabadas, cuelgan en algunas casas del pueblo.

VI

Por el paredón la gente pasea sin sentido. No tiene fin la pueblerina excursión. El regreso no ocupa ahora el instinto de esta desocupada gente.

Unos niños, apoyadas sus espaldas en la fría y rugosa pared, escuchan a la mayor de ellos.

-Ahora os voy a contar lo de la Virgen del Tránsito. Dicen que le crecen las uñas y los pelos y todos los años se los tienen que cortar. Escuchad, la Virgen está en la iglesia del Soterraño, metida en una urna. Tras el cristal se ve su largo cabello. Yo no la he visto pero me ha contado mi hermana mayor que sus uñas son larguísimas, por lo menos así y que por Santa Bárbara la sacan para ponerla guapa...

Las leyendas en los pueblos se maman desde la infancia. Y así se transmiten, desde pequeños hasta ser convenientemente adornadas con el paso de los años.



Pilo, el fotógrafo, con su chaleco negro impoluto y la boina que le acompaña desde su juventud, labora en su recién inventado oficio. Dos señoritas de falda, camisa y colorida chorrera acompañan a sus hijas que

se prestan a contrastar sus habilidades. Pilo, escrupuloso en sus quehaceres, las coloca, las coloca, las coloca,...

-Oblicuo izquierda.

Hasta que la imagen y merced a la perfección que el profesional material le permite, queda plasmada en la fina plancha de cristal.

-¿Las habrás sacado guapa? –buscando positiva respuesta la madre de una de las retratadas.

Pilo, sabedor de lo limitado de su negocio y colocándose hacia atrás la boina, responde.

-Estos chismes modernos no hacen milagros.

-¿Y cuándo las tendrás *relevadas*? –continúa con gracejo la madre de otra de las eventuales modelos.

-Esto es rápido. En un par de meses os pasáis por mi casa.

Y transcurre la mañana. Así. Sin prisas. Como los delicados negativos de Pilo. Alegría con apariencia de real oscuridad.

Hacia misa se encaminan dos mujeres con revuelto velo. El aire que las empuja hacia la parroquia hace igualmente estragos en su preparada estética.

Ángel “el Manzano”, el sillero, brega con la enea y el bayón, recostado en la deslucida tapia. Los fondones de las sillas van recuperando su inicial y reluciente aspecto al pasar por sus hábiles manos. Girando la silla va anudando las flexibles ramas quedando sus nudos lejos de la vista del que durante años la usará.

Las dos mujeres se detienen tapando con su sombra la mirada del sillero que, abajo, apoya en sus labios el liado y casi consumido cigarro.

-Manzano, ¿me tienes ya preparadas las mías? –dice la más joven.

-En cuatro días se las llevo a casa –como sentenciando la conversación.

-No te tardes que tengo a los niños sentados en el suelo.

-Venga, espabila, que llegamos tarde a los Oficios -azuza la devota acompañante.

Se pierden ambas por el callejón de Los Mártires como queriendo oír ya el *O Salutaris* entre los muros de la iglesia.

VII

En la ermita de la Soledad, antiguo benéfico hospital de nave blanca hasta su bóveda, se escucha esa piadosa música que parece amontonar el silencio entre los rincones y nos hace olvidar, en ese instante, la innecesaria palabra.



Las dos mujeres de revuelto velo entran y se persignan. Se sientan en el último banco. El sigilo inunda la bancada. Desde el retablo se arroja una gris alfombra de artesanos baldosines ribeteados -recién fabricados en la otrora vieja ermita del pueblo-, que lucen en estas fechas más radiantes que nunca.

-Mira, la mujer del alcalde. ¿Es cierto lo de su hija con el hijo del carbonero? -dice musitando una de las recién llegadas, nada más comprobar la presencia de la esposa del edil.

-Yo creo que sí. Ayer, en la procesión, me dí cuenta de cómo se miraban -dictamina la compañera.

Delante, frente a los granates reclinatorios, madre e hija, esposa ésta última del alcalde de Barcarrota, perciben las miradas que a sus espaldas llegan de cualquier ángulo de la ermita.



-No mire usted para atrás.

-Somos la comidilla de todo el pueblo –responde hosca.

-Se lo tengo que decir a su padre para que ponga remedio –propone la hija, harta de servir de blanco de tan maliciosas miradas.

-En cuanto lleguemos a casa lo mandamos llamar –concluye airada.

No cesan aquí los comentarios que, aún murmurados, rebotan en las paredes y se amplifican apoyados por fijas miradas.

-*Cucha*, qué tranquila, ahí con sus rezos –se lanza desde un banco cercano.

-¡Qué poca vergüenza! Su hija en boca de todo el pueblo y ella tan ancha. Yo no sería capaz –proclama su compañera.

Y, ya casi con el cura lanzando su latín hacia las presentes, aún otra interviene.

-A estas ricachonas no les da apuro nada. La procesión irá por dentro.

Dos decenas de cirios, desde el altar, proyectan la luz de sus llamas a la cara del sacerdote que, respetuoso y bonachón, inicia su vocacional oficio.

La música que ha acompañado toda la escena nos sigue, plaza de la Soledad arriba, hasta la plaza pública. Allí se proclaman otros deseos, y no tan divinos.

VIII

La sala donde se reúne el concejo es grande, profunda y alta, bastante alta. Arriba, en artísticos medallones, se reproducen los rostros de casi desconocidos personajes. Tan desconocidos como lo es el autor de estas antiguas joyas.

Dos candelabros, con sus tres velas cada uno, asisten inquietos a lo que allí se discute. Dan luz a las palabras de los presentes. A saber. El señor alcalde con el secretario a su izquierda. Frente a ellos ocho concejales de los diez que tenían citación. Suficiente.



-Están haciendo falta más pilares como el agua, y nunca mejor dicho –de la izquierda del secretario proviene esta propuesta.

Con la pausa necesaria que da el no tener prisa en la vida, otro concejal, lentes redondas, magno habano, replica.

-Lo que está haciendo realmente falta es que se cuiden los que ahora hay.

-Pues que se hagan unas ordenanzas para eso –quiere concluir otro edil, de chaleco gris y no tan avanzada edad como la de algunos de sus compañeros.

El alcalde, apoyado en un voluminoso libro de incomprensible contenido, evalúa la situación y, conforme con lo anteriormente dicho, suscribe:

-Tenéis razón. ¿Qué es eso de lavar la ropa en el lugar donde luego van a tener que beber las bestias? Así no os extrañe que los vecinos se nos quejen.

-Yo, si así me lo permite el señor alcalde, conozco unas normas que nos vendrían muy bien para esto. Si el señor alcalde me da su permiso, en cuestión de un mes las tengo preparadas –ha dicho el secretario, don Matías hace llamarse, buen conocedor de su respetado oficio.

-Cuenta con mi permiso. Faltaba más. Todo lo que sea beneficiario para los vecinos merece el esfuerzo necesario. Muchas gracias, don Matías –concluye cumplido el señor alcalde.

El humo del habano rodea a los miembros del concejo que, como en un fantasmagórico halo amarillento provocado por la luz de las velas, da sensación de no ser de este mundo la referida oficial reunión.

-Con el permiso del alcalde me gustaría decirles que he estado hablando con un amigo del empresario de Badajoz y me dice que si nos interesaría raer este año para la feria a “El Gallo” –rompe el fantasmagórico halo otro concejal de taurinas pasiones.

-¿Rafael Gómez Ortega, el famoso Gallo o algún familiar?, porque ya sabe usted cómo son estos toreros, que aprovechan el apodo de uno y viven cuatro del cuento –con razón crec desconfiar su compañero de enfrente.

-No, el mismísimo Gallo. Y además no costaría caro. Me comentaba este señor que por 800 duros sería posible –concluye falto de sospecha.

-Lo tendremos que ver. Dile a ese señor que se acerque al ayuntamiento cuando pueda, que aún tenemos tiempo y lo estudiamos. Pero, de entrada, sería un interesante cartel para animar el comercio durante la feria. Vamos a ver si es posible –zanja la cuestión el alcalde.

Varias horas llevan los representantes del pueblo reunidos. El cansancio se hace notar. A la derecha, observando un dorado reloj de bolsillo, el concejal del ya no tan magno habano, lanza una nueva propuesta.

-Señor alcalde, recomiendo que vayamos terminando. Tenemos que asistir a la procesión. Sabe que no podemos faltar y aún hay que atusarse un poco.

Aparece, como deseado por todos, un serviciario del presidente de la mesa. Solicita permiso y, otorgado, se dirige directamente al oído del alcalde, dejando caer en él palabras que despiertan la curiosidad de los allí presentes.

-Sí, demos por concluida la sesión de hoy. Esta noche nos vemos en la procesión –levantándose, concluye el principal edil la convocatoria. El murmullo de los concejales se mezcla en el recuerdo narrado de esta historia, en la noble casa del señor alcalde. Allí nos dirigimos. Fachada blanca, cuidada y amplia.

IX

Un negro y lujoso coche se para ante la casa del alcalde. De él se baja éste y se dispone, malhumorado, a entrar en ella.

Grande era el comedor donde se le esperaba. Los visillos filtraban desde la calle la luz de una nublada mañana. Una amplia mesa acoge platos de recia porcelana y cubiertos de impecable plata. La suegra del alcalde se



aíana, junto a una criada, en dar el esplendor necesario para la pulcra comida que se prepara.

-Teníamos que haber limpiado la plata. Estos cubiertos están un poco negros -escucha solícita la criada.

-El lunes sin falta lo hago, señora.

Indignado por las palabras que el serviciario le encomendó, finiquitando el pleno, entra el alcalde. Arrojando su chaqueta sobre una aterciopelada y caoba silla, llega seguido por su mujer.

-¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Estamos en boca de todo el pueblo. ¿Dónde está tu hija?

-Arriba, en su dormitorio -indica ella a su espalda.

-Mándala llamar.

-Dile a mi hija que baje –ordena la señora de la casa a la sirvienta que, sin dilación alguna, dirige sus pasos hacia el dormitorio de la niña.

En tanto, el alcalde sigue derrochando rabia entre los familiares allí reunidos.

-¡No habrá más muchachos en Barcarrota, no habrá! Pues no, ¡se tiene que ver con el más desarrapado!

-¿Pero tú te vas a creer lo que digan unos y otros? Bien podías preocuparte de buscar trabajo para toda esa gente, verás como se entretendrían en otras cosas y no en criticar a los demás –intenta suavizar la madre lo que se avecina.

Seguida de la criada entra Clara en el comedor. Una floreada falda larga y camisa blanca es el vestuario con el que se va a enfrentar al mal humor del padre.



-¿Me llamaba, padre?

-Sí, Clara, siéntate. Me tienes muy preocupado. Eres la comidilla de todo el pueblo.

-¡El pueblo! –despectiva.

-Sí, el pueblo. ¿No te preocupa lo que diga el pueblo? ¡Pues a mí sí y mucho! Desde hace tiempo se viene oyendo que andas por ahí con el hijo del carbonero. Y claro, te parecerá bonito.

-No deja de parecerme ni bonito ni feo. Lo que diga la gente no me preocupa. Dígame de alguien que me haya visto –Clara intenta justificar su inocencia.

-Clara, habla bien a tu padre –advierte la madre a su espalda.

-Mucha gente. No hay que decir nombres. Hija, ¿no podías haber buscado a otro muchacho más,... más,...?

-Más qué, padre –descosa Clara de respuesta, a sabiendas de que no existe tal.

-No sé, ya me entiendes, más....

-Termina.

-Hija, soy el alcalde de Barcarrota, merezco rodearme de gente que me aporte, al menos, un poco de prestigio y notoriedad y que tú andes por ahí con ese tunante, poco me conviene.

-O sea, que ya estás otra vez pensando sólo en ti.

-¡Hija! –señala la madre, pendiente de que la riña no perturbe en demasía la mañana.

-¡Nos ha salido contestona la niña! Ves, ¡ésta es la educación que le has dado! –clavando su mirada en la de su esposa. Te vas a quedar encerrada con llave, a ver si así se te pasa la tontería esa del carbonero.

-Venga hija, no te preocupes que ya se le pasará –aconseja la abuela mientras la acompaña hacia la puerta del comedor.

-¡Pero padre...! –indignada aún tiene tiempo Clara de replicar mientras se retira.

-¡Ni pero ni nada! A ti te hago responsable si vuelvo a oír por el pueblo algún comentario sobre nuestra hija –concluye sus instrucciones el alcalde.

-¡No seas tan cruel con la muchacha! –interviene intentando defender la madre a su hija.

-¡Ah!. ahora la proteges. Bueno, siempre lo has hecho así. Así nos va con esa sinvergüenza.

-Estará encaprichada, pero verás como con el tiempo se le pasa.

-Más le vale... más le vale.

El alcalde se dirige al teléfono dando por concluida lo que pretende ser una relación de órdenes que espera no sean incumplidas.

El olor a comida comienza a llegar desde la cocina. Nadie espera que el buen sabor de la misma aminore la tensión que ha quedado impregnada en la sala.

X

Los hornos de carbón han dado olor a Barcarrota desde el comienzo de los siglos. Su humo acompaña al viajero por los caminos y el tizne da a la cara de los carboneros un natural maquillaje una vez comenzada la primavera.

En una de estas carboneras trabaja Juan, quien junto a Antonio y otros compañeros, se afanan en transformar la recia madera de la encina en caoba carbón para calentar las noches hogareñas del próximo invierno.

En un descanso de la sacrificada labor un grupo de muchachos se sientan a la sombra de una anciana encina.



-Bueno, ahora a esperar a ver si empieza a oler la madera –comienza la conversación uno de aquellos mientras prepara las viandas que le servirán de sustento esa mañana.

-Y estar atento al color del humo, que también es importante –acomete uno, sabedor del oficio.

-Estoy harto de carbón –comenta hastiado Juan.

-Harto, y nunca mejor dicho, porque tengo llena la boca de tanta mugre

–acompaña en el lamento su compañero Antonio.

-¡Y como ganamos tanto! –vuelve a intervenir quejumbroso Juan.
 -No te quejes. Nosotros podemos por lo menos estar aquí y gracias a tu padre, que, si no, a dónde íbamos a *di*. Y tú madre ¿cómo anda? –añade tras dar cuenta de un fresco trago el mayor del grupo.
 -*Flojina*. Cada día más *flojina*. Allí echo las noches con ella hasta que se duerme.
 -Y ahora, con la que tienes montada en el pueblo...
 -Yo creo que la pobre ni se ha enterado –comenta Juan compasivo.
 -Mira que encerrar a la hija del alcalde por tu culpa.
 -Sí, pero como la gente piense que no la voy a ver más, aviados van. Si supieran ellos la verdad.
 Y la enamorada amenaza se funde con el paso de dos mujeres que se dirigen al lavadero.
 -Adiós, guapetonas –les espeta un carbonero que acaba de llegar al grupo.
 -Con Dios, buenos mozos. ¡Qué bien estamos, ahí *sentaitos*! –dice una de ellas.
 Habrá que descansar algo, digo yo –le contesta el moreno de hacha en mano.
 -¿Queréis un trago? –ofreciéndoles el de los ojos claros una bota de vino.
 -Quita, quita, que nosotras también tenemos tajo y no queremos llegar al estanque oliendo a vino. Quedaos con Dios.
 Y parten, camino abajo, en busca del oficio.
 -Esa es la que trabaja en la huerta San Juan –comenta uno de los carboneros.
 -Sí. No es fea la muchacha y además muy trabajadora –apunta el más veterano del corro.
 -Eso es lo que tenéis que hacer. Iros buscando una muchachita que los años no pasan en balde y vosotros ya meáis en *paré* –dice Juan entre las risas de los compañeros.
 -Deja, con lo bien que está uno solo.
 -Venga, id terminando que nos vayamos pronto para el pueblo, nos damos un *enjuagón* y nos vamos a la bodega –recomienda Antonio.
 Y recogen en tanto las sobras del almuerzo que en casa le han preparado. No ha faltado el vino, acompañante siempre en la vida y en la muerte en los pueblos.

XI

Aún traen tras ellas el olor del humo de la carbonera. Dos mujeres. Cesto colmado de ropa a la cintura. Pañuelo en la cabeza. El sol solicita de esa protección. Van camino abajo, guiadas por viejas paredes de piedra.

-Vamos, espabila, que verás como cuando lleguemos está el estanque lleno -dice la más joven.

-Espera, que coja esta esparraguera.

-Hija, no pierdes el tiempo. Y ¿qué llevas ahí? -inquieta escusada mientras detiene el paso para hurgar, la mayor, entre las hierbas.

-Uy, pues de todo. Higos para calmar la tos; corteza de encina para la diarrea, raíz de morera para los dolores de barriga y tilo para el dolor de cabeza de las preñadas,...



-¡Algún día vas a envenenar a alguien en el pueblo! -apunta la joven como riñendo sobre el mágico oficio de su compañera.

-Sí, pero mis buenos reales que me saco -resoluta.

Y camino abajo se aproximan al estanque donde varias compañeras ya hace tiempo laboran. Ya se oyen las risas que del poblado lavadero provienen.

-¡Mirad que buenas *nargas* tiene la Felisa! -una de las lavanderas enarbola una amplia ropa interior que provoca las risas de las presentes.
 -Sí que está bien *servía*. Contento tendrá a su *marío* -le sigue la gracia la que a su derecha está seleccionando ropa. La del sombrero de paja.
 Las lavanderas que pasaron por la carbonera llegan al corro.
 -¿Cómo que llegáis tan tarde? Ya os habéis entretenido viendo a los carboneros.
 -Claro, hija; a ver si no vamos a poder regalarnos la vista -le dice la curandera.



-Estaría por allí el Juan.
 -Sí que lo estaba y cada día más guapo.
 -¡Y qué dientes tan blancos tiene! -continúa la charla la del recogido pelo castaño.
 Y en ello se enfrasca el grupo.
 -No, se va a parecer al marido de aquella que tiene menos dientes que la boca de una talega -le endilga la del sombrero de paja señalando a la compañera que enfrente tiene.
 -¿Te queda mucho? Na, para que me dejes un hueco.

-Espérate, si no, hubieras madrugado.

-A ti no te va mal ¿eh, Antonia? Llevas ahí ropa de todas las ricachonas del pueblo -señalando a una de las lavanderas.

-Bien haré mi oficio -apunta rotunda la aludida.

-Y barato que cobras. Nos vas a arruinar el negocio a las demás.

-A ver, enséñanos algún trapito fino de esa gente.

-Mirad una camisa de la hija de los Casillas -dice alzando una blanca prenda que extrae del cesto.

-¡Madre! ¡Si eso vale más que todo mi *ajuá*!

-Ah, ¿pero tú tienes *ajuá*? *Pa* qué. Si no echas con nadie. Y *pa* uno que fue a rondar a tu reja te cogió quitándote los pelos del bigote -ríen las presentes al unísono la ocurrencia.

El chapoteo en el agua, ocasionado por el largo palo que porta un zagal, ameniza la ociosa charla.

-¡Qué de graciosas hay por aquí! ¡Trabajad y dejadme en paz! -parece molesta la solterona.

-Niña, con algo nos tendremos que entretener. Ahora que no tenemos bailes por Semana Santa no nos queda más música que la risa.

-Y que no falte. Que no nos falte la risa ni la música, que es los que nos queda en los malos momentos.

Por fin tienen hueco las que llegaron últimas. La música del agua y la sombra de la vieja higuera entretienen el alma de las lavanderas. Un limpio oficio para unas pobres manos.

XII

Clara aprovecha las largas horas de encierro para orar y laborar. Un blanco lienzo, en su bastidor, recibe las delicadas caricias de sus manos. Mientras, mira un secular lienzo que a su izquierda queda, representado en él una Virgen del Soterraño ya entonces de indumentaria arcaica.

-¡Ay, Virgencita! Sabes que te cuento todo y esto no iba a ser menos. Estoy enamorada. Sí, ya lo sé... que soy muy joven... pero si lo vieras.



Tan bueno, tan guapo, tan trabajador,... Bueno, qué te voy a contar, si tú conoces a todo el mundo...

De pronto se abre la puerta, quedando suspendida la conversación que Clara mantenía con la Patrona de su pueblo. Tras la puerta aparece la madre.

-Clara, han venido a verte Isabel y Lucinda.

-Pasad, pasad. ¿Pero, qué hacéis aquí? -invitando a sentarse a sus amigas.

-Te hemos traído un regalo -dice Lucinda, mientras saluda besando a Clara.

-¿Un regalo? -sorprendida y alegre por la visita y el presente.

-Sí. Como te tienen aquí encerrada seguro que estarás aburrida. Ay, hija, no sales para nada. Todo el día aquí rezando a la Virgen -dice Isabel mientras le da igualmente un animado y sincero beso.

-Es que nos llevamos muy bien. Yo le cuento mis cosas y ella sé que me escucha. Bueno, pero, ¿dónde está mi regalo?

-Espera un momento -Lucinda se levanta dirigiéndose a la puerta. Tras ella aparece Luisa con un cesto en la mano-. Entra, Luisa -invita a la nueva compañera.

-Mira que preciosidad de gato te hemos traído. ¿Qué te creías, que yo no iba a venir?

-Ay, Luisa, pero qué bonito -dice mientras introduce la mano en el cesto y acaricia el pequeño felino.

-Es un poco arisco, pero seguro que tú, con tu dulzura, lo metes en vereda -aconseja Isabel.

-¿Bueno y qué me contáis? -inquieta Clara a su amigas que, ya acomodadas, se prestan a entretener la tediosa y aprisionada tarde de la hija del alcalde.

-Poca cosa, la verdad -comenta Lucinda pareciendo quitar mérito a la libertad.

-¡Anda que tú la que tienes liada! -Isabel aprovecha para intentar aclarar el motivo del obligado encierro.

-Pues yo no lo entiendo. Tampoco has hecho nada malo -aliada Luisa.

-Eso digo yo -responde incomprensible Clara.

-Sí, pero nuestros padres tienen otra mentalidad -Lucinda ve el origen del motivo de la hogareña condena-. Aunque te digo una cosa, yo no podría.

-¿No?, pues yo sí, ¡porque hay que ver cómo está el carbonero! -campechana Luisa.

-¡Luisa! -se escandaliza Lucinda.

La mesa camilla acoge los útiles de labor que Clara acaricia finamente, queriendo con ello emular una caricia o, tal vez, suavizando la rabia que le produce el paterno encierro. Isabel decide cambiar de conversación e innmiscuirse en los detalles amorosos de la supuesta y prohibida relación.

-Y ¿cómo es,... lo de estar enamorada?

Clara responde perdiendo su mirada, como queriendo atraer en el aire los bonitos recuerdos de unos secretos encuentros con los que sueña,

-Pues,... no sé,... a ver cómo os explico,... Es como tener un gusanito en la barriga que te quita las ganas de comer, es querer estar con él todo el tiempo, querer tocarlo a cada momento,...

-¿Y los besos, cómo son? -chismosa Luisa.

-¡Luisa, siempre estás igual! -corta Clara-. Bueno, contadme cómo han estado las procesiones. Contadme un poco.

-La de la Virgen estuvo preciosa -opina Lucinda.

-Sí, pero a mí me gustó más el entierro -añade Luisa picarona. Automáticamente es reprendida por la casta Isabel.

-¡Luisa!

-¡Qué! -replica extrañada ésta.

A Isabel le queda la duda de cuánto va a durar el encierro de la muchacha.

-Bueno, y tu padre ¿no te va a dejar salir en mucho tiempo?

-Sí, pero yo ya sé como escapar de esta cárcel -Clara responde rotunda a la vez que ilusionada.

Una sana complicidad queda patente en la sala. La Virgen del Soterraño, en el cuadro que cuelga a la espalda de Clara, otea, vigila los sueños de la joven, como queriendo ser cómplice de su soñada aventura.

La noche cae en Barcarrota. A punto están de ponerse a soñar los que aún tengan posibles para ello.

XIII

Juan aparece impoluto. Después de otro día de tedioso y duro trabajo, su rostro se muestra ahora relajado motivado por el necesario aseo al que ha sometido al cuerpo.

En una pequeña alcoba descansa su madre. La constante tos perturba el silencio de la mínima estancia. El hijo, evitando hacer ruido alguno, atraviesa la bordada cortina de la habitación para llegar a su lado y, rozándola con sus labios, besarla. Juan intenta marcharse pero es interrumpido por la voz de la madre al pronunciar su nombre.

-Juan,

-¿Te he despertao madre? –contesta éste volviéndose para atender la cada vez más apagada voz de la enferma.

-No hijo, solo descansaba los ojos. ¿Dónde vas tan guapo?

-A la taberna un rato con Antonio.

-¿Puedo hablar contigo? –insiste la madre necesitada de compañía.

-Claro madre –dice mientras acerca la silla de enea que se encuentra a su espalda.

-Hijo,... tu padre me ha dicho,... bueno. que se rumorea,... que,... - incorporándose.

-Dígalo de una vez –eleva un poco la voz, contrariado, su hijo.

-Juan, es una locura lo tuyo con esa muchacha. Tú eres el hijo del carbonero y ella,... ella es la hija del alcalde.

-Sabe, madre, nunca me había fijado en ninguna mujer. Sí es cierto que en las verbenas bailaba con las muchachas del pueblo, pero no me daba cuenta si eran guapas o feas. Hasta que apareció ella. Parecía un ángel, tan dulce, suave, tierna,... y yo pensaba ¿Por qué no puedo tener una novia así?

-Porque eres pobre –apunta rotunda la enferma.

La habitación, huérfana de muebles, acoge una pequeña mesilla donde la palmatoria de lata sostiene una temblante llama. Esa es la única y triste iluminación que acompaña la también triste conversación.

Juan, limpiando un poco la boca de la madre tras unas toses de ésta, continúa buscando explicación a los bienintencionados y celestinos consejos de ésta.

-¿Y los pobres no tenemos derecho a enamorarnos?

-Sí, pero de los de nuestra clase. Esos amores no los van a consentir ni el alcalde ni tu padre.

El dolorido cuerpo de ésta se mezcla con el dolor del alma. Su hijo, sabedor de ello, intenta calmar a la enferma, la que cada vez le cuesta más

encontrar acomodo a sus ajadas carnes.

-No estamos haciendo nada malo –replica con una ilusión velada.

-Lo sé hijo, lo sé... pero la vida es así y tú tienes que buscarte a otra. La hija de Amparo, la costurera, siempre te ha mirado bien. Si no es ella otra, pero necesitas una muchacha buena y que te quiera.

-Clara es buena y me quiere... y yo la quiero –y sus ojos toman prestado el brillo de la pequeña llama.

-Yo sólo quiero lo mejor para ti, eres todo un hombre, bueno, trabajador, honrado...

Juan, intentando dar por zanjada una conversación que le incomoda, se levanta, coloca de nuevo la silla en su inicial lugar y se despide indicando a la madre que irá a buscar a su padre para que no se encuentre ella sola.

-Que descanse madre.

-Hijo, si ella te hace feliz... entonces rezaré mucho a la Virgen para que haga un milagro.

Escuchando su tibia voz, Juan se despide soltando la mano que ha intentado aferrarlo a la estancia.

Calle abajo, como empujado por la noche, se dirige a la bodega. Las luminarias de aceite acompañan sus pasos. Un deshilachado galgo evita cruzarse con él. Un borracho camina en dirección contraria. No parece tener su sombra forma humana. El humo de las carboneras cercanas impregna las fachadas y los pulmones de los vecinos. La noche y su niebla caen de golpe sobre Barcarrota.

XIV

Una veintena de toneles daban forma rectangular y alargada a la principal bodega del pueblo. Allí, desde décadas atrás, se había tenido la costumbre de saborear el artesanal vino y disfrutar del reposo de las largas jornadas del campo.

Cada noche acudía allí toda la parroquia humilde de Barcarrota. No faltaba ni el cura que también solía sermonear sus latines entre aquellos empinados conos.

-¿Queréis algo más? –preguntaba la tabernera a los inquilinos de alguna de las muchas mesas que jalonaban el viejo recinto.

-Sí, ponnos otra botella –le contestaba uno de los más mayores que allí cada noche habita, a la sazón el padre de Juan.



-Bueno y de paso os traigo unos altramuces –concluye la tabernera retirándose en busca de las viandas solicitadas.

En una mesa aledaña tres jóvenes, barbilampiño alguno, bromeaban mientras consumían el rico caldo allí mismo elaborado.

-Pues en estos toneles de vino es donde se ahogó el pobre Fermín –explica el más joven de ellos.

-Sí, recuerdo aquello. ¡Lo que sufriría el *probe*! –inocente le manifiesta el que frente a él se haya.

-No te creas, me parece que salió tres veces a mear –ríen los tres la ocurrencia del joven de desgastada camisa gris.

La noche se adivina en el exterior. Una música de guitarra, proveniente de otra de las mesas, ameniza la tranquila velada. De la calle entran tres jóvenes. Son Juan y dos amigos. Juan, nada más entrar, va en busca de su padre.

Antes Antonio, uno de los jóvenes recién llegados, se tropieza con el párroco que ya abandona la bodega.

-Buenas, padre. ¿Qué hace por aquí?

-Hijo, no todo va a ser la sangre de Cristo –le dice bromista el sacerdote en busca de la calle.

Juan había llegado hasta donde su padre disputaba una amigable partida de cartas.

-Padre, vaya usted *pa* casa. Madre está muy débil.

Termino esta partida y voy *pa* lla.

Ten cuidado por las calles a ver si te vas a encontrar con el fantasma –proclama, sin soltar habilidosamente el cigarro que sostiene en su boca, el contertulio.

-Tomad, otra, y ya van seis. No creáis que se me olvida, las voy apuntando –avisa la tabernera dejando sobre la vetusta mesa una repleta botella.

-Bueno, pero tráete algo para picar –concluye el que está dando vida a un mechero de yesca.

-¿Vosotros sabéis por qué llaman a aquel el “Genio”? –continúa con las bromas el joven de la reunión.

-No –contestan a dúo sus compañeros.

-Porque cada vez que se abre una botella aparece –y entre risas consumen su sexta botella de vino.

La guitarra continua colmando de sonido las cuatro altas paredes, retumbando de tonel en tonel, como buscando tranquilo escondite a las melodías de ella salidas.

-Me tomo un vaso con vosotros y me voy –dice Juan que ya está junto a sus dos amigos.

-¿Dónde vas con tanta prisa? ¿Cómo va el carbón este año? –pregunta el que frente a él tiene.

-*Jodío*. Este año me está saliendo todo mal, hasta el trabajo –responde desilusionado Juan.

-Pues nosotros en la fragua no nos podemos quejar. Con la tierra tan dura no dejamos de poner herraduras a los burros –argumenta el rubio del triunvirato.

-Nosotros lo que tenemos que hacer es hablar con el *encargao* de los Prats, a ver si nos metía en eso de los tapones –dice su compañero de trabajo y de vida Antonio.

Juan, con la mirada perdida, parecía no estar presente mentalmente en la reunión. Una musical estrofa, proveniente de la mesa contigua, le había llamado la atención. Por su cercana letra, por el presagio de su contenido....

Tres cosas hay en mi pueblo
que relucen como el oro:
mi madre que quiero tanto,
mi novia que es un tesoro.
mi Virgen del Soterraño.

-Sí, por lo visto va bastante bien ese negocio.

-O en la fábrica de los baldosines de José Fernández –continúa Antonio la charla buscando salida laboral a sus aún jóvenes existencias.

-Eso no tiene futuro. Lo que sí lo tiene son los hornos de ladrillo. Eso siempre se va a necesitar. ¿No crees Juan?

-Juan, *chacho*, que te estamos hablando –lo acerca de su eventual lejanía Antonio.

-Me había distraído escuchando el cante –argumenta Juan antes de saborear lo que le resta en el vaso.

-Vamos a echar otra copa –invita a sus compañeros el herrero.

-No, a mí no me llenes, que me voy –Juan ya levantándose y sin olvidar aún los cinco versos de la copla que lo había desorientado.

-Ya sabes dónde te he dejado la llave del *doblao* –le indica Antonio, pareciendo, con ello, guardar un secreto que confunde al tercer acompañante.

Y Juan sale a la calle. Atrás queda la música de la guitarra. Y los vinos. Y su padre. La noche comienza su curso. Las estrellas indican al enamorado el camino hacia sabe Dios qué lugar. Juan tararea en su mente, con inequívoca tristeza, la canción que acaba de escuchar. Un perro ladra y huye de la sombra de una farola de ardiente aceite.

XV

Ya desde el humilde ventanuco se adivinaba la pobreza interior. Aquel doblado estaba colmado de objetos útiles. La leña que ya iba sobrando del helado invierno. Herramientas de labranza. Útiles de la pasada matanza. Y, junto a ello, un trillado camastro, donde un jergón acogería el amor de la joven pareja.

Allí llegaba Clara, oculto su resplandeciente rostro en una nivea túnica

fabricada por albas sábanas.

- Pensé que no vendrías
- pronuncia Juan nada más verla
llegar al reducido lugar del
secreto encuentro.

- ¡Cómo no iba a venir! Llevo días
pensando en este momento.

- ¿Te ha visto alguien? - consulta
temeroso él.

- No sé, y si me han visto pensarán
que soy un fantasma.

La risa de ambos repentinamente
se muda en temor.

- Tengo miedo que tu padre nos
separe.

- Eso no va a pasar, no nos vamos
a separar nunca - sentencia
confiada Clara.

- Si no pudiera verte, me moriría
- cariñoso.

- No digas eso. Cada noche rezo a
la Virgen para que esto se

solucione y tú y yo podamos estar siempre juntos, que mi padre no sea tan
necio y te acepte, que podamos salir a la calle sin escondernos y gritarles
a todos que nos queremos.

- Clara, no quiero que tu padre te haga daño. Ya te ha encerrado y no te
deja salir sola a la calle. Sabe Dios qué será capaz de hacerte.

- No, eso no. Él no me haría daño nunca. A pesar de todo yo sé que me
quiere y hace todo esto porque piensa que es lo mejor para mí. Pero tarde
o temprano recapacitará y se dará cuenta que mi felicidad eres tú.

- Pero mientras eso pasa sólo te puedo ver a escondidas y quien sabe por
cuánto tiempo - musita Juan mientras vuelve su triste cara.



-El que sea necesario, ya encontraremos los momentos... yo no voy a renunciar a ti.

-¿Por qué? Si sólo soy el hijo del carbonero. No tengo nada ¿Qué te puedo dar?

-Te quiero a ti.

-Es como escoger un vino barato de bodega pudiendo elegir entre los finos vinos del casino.

-Aunque me dieran todo el vino del mundo... yo sólo quiero uno.

Juan va despojando a Clara de su rica vestimenta. Tendidos en el lecho se prestan a hacer olvidar mutuamente los problemas de su aún joven existencia. La noche seguramente no acabará nunca para los amantes. Al menos en sus recuerdos.

XVI

Un rebaño de ovejas cruza el antiguo cordel, partiendo en dos el silencio de la mañana. En su recorrido no queda hierba fresca, de esa que, húmeda, inaugura cada amanecida. Hociqueando el terreno avanzan sin prisa alguna.



A su paso, las ovejas, casi tropiezan con la larga soga que, tendida en la tierra, sirve como medida utilizada por los hombres que allí se encuentran.

-Niño, tira *pa' llá* y mide bien –indica el alcalde de Barcarrota a su joven ayudante-. ¿Cuántas varas tiene la soga?

-Veinte –le contesta el concejal que le acompaña y que con un negro bombín se protege del primerizo sol.

-Pues vamos a ver cuánto le han robado al cordel los vecinos –concluye el alcalde, sabedor de la histórica picaresca de los dueños de las propiedades cercanas al público camino.

A lo lejos ya se atisbaba una pareja de gitanos que, con una niña en ristre ella, se disponían a cruzarse en el camino de los ediles. A la niña se le

revuelve en la cabeza el pañuelo, movido por el aire, no logrando ocultar por ello su infantil belleza.

Casi ya al lado del pequeño grupo, la gitana indica a su esposo que esconda, lo mejor posible, el fruto del hurto que se les supone cometido.

-Salvador, la gallina.

-Tira, tira –avanza el gitano cambiándose de hombro el costal, no sin antes saludar respetuosamente a los dos miembros del consistorio barcarroteño-. Con Dios.

-¿Con Dios? ¡Qué llevaremos en el costal! –desconfía el concejal al pasar la pareja tras él.

-¡Ná que a usted le interese! ¡Bien se podía preocupar por solucionar lo del fantasma del pueblo en vez de desconfiar de la buena gente! –salta molesta la gitana con el comentario escuchado.

Siguen los gitanos su camino en busca de nuevos premios a su poca legal ocupación. No obstante no se ha quedado tranquilo el alcalde con el comentario de la gitana.

-¡Ya me tienen un poco harto unos y otros con la historia esa del fantasma!

Aún resuenan las esquilas del rebaño y las voces del pastor, todo mezclado con el crotar de la cigüeña, el relinchar de algún caballo y el murmullo cálido del aire en aquella mañana. Sana amalgama para solaz del alma.

XVII

La calle Toledillo de Barcarrota conserva aún vestigios de lo que fue antigua judería. No tal vez por sus detalles ornamentales sino por el olor a rancia historia y, tal vez, el eco de antiguos sonidos de caminantes de aspecto poco castellano. Allí, en sillas de sobada enea, un corrillo de mujeres cosen en lo que es el taller de Amparo. Ésta las dirige en la labor y ordena cuanto sea necesario para que sus clientes queden bien satisfechos con los trabajos encargados. Sabedora es que la faena con



entretenimiento es menos dura. Por eso, de vez en cuando, distrae a sus pupilas con viejas canciones que provocan en ellas un agradable deleite y logran hacer cómoda su monótona tarea. Si las manos de Amparo son hábiles no menos diestra es su voz para esbozar melódicos y bellos romances.

Calle Jurumeña
sabe de aquel día
que con el caballo
pasó por la puerta
y sin despedida,

dejando una rosa
con miles de espigas
y aquí en Barcarrota
en todos los barrios
fue la comidilla,
historia de amores
destinos marcados
que manda la vida¹.

-Amparo en vez de ser costurera tenías que haber sido artista –le comenta a la dueña una de sus aprendices.

-Tienes razón. ¡qué poderío! –no cesan en halagos las acompañantes.

-¿Luisa, has terminado el bordado de la Herminia?

-No, se ha acabado el hilo amarillo –responde a Amparo la que a su izquierda cose.

-Yo voy a comprarlo –se levanta rauda la joven del pañuelo negro en la cabeza.

-¡Vaya, qué voluntariosa! –socarrona señala la costurera de su diestra.

-Sí, ésta lo que quiere es ir a ver a Claudio.

-¿Y quién no? Con esos ojazos.

-¡Niña, que tú estás casada!

-¿Y qué? Pero no estoy ciega.

El tendero Claudio ocupa en más de una ocasión las largas tardes de callejera costura. Atractivos méritos tendrá el muchacho.

-Maruja, anda, entreténnos un rato. Recita ese romance tan picarón que tú te sabes –invita a demostrar la memoria de una de las contertulias.

Maruja sabedora de su capacidad narrativa, se arranca, con un inicial “Vamos allá”, a lo que añade:

Esto eran tres *segaores*
que salían de su casa,
aviaos por un mes
para segar la senara.
Uno de los *segaores*
gasta ropa muy profana,
gasta dediles de oro
y el antepecho de Holanda,
la manija de metal

¹ Fragmento de la canción “Calle Jurumeña”. Paka Manchón.

y la hoz de rica plata.
 Una dama en su balcón
 del *segaor* se prendaba
 y la *mandao* llamar
 con una de sus criadas.
 Oiga usted, buen segador,
 que le llama a usted mi ama.
 Suba usted por allí arriba
 que allí arriba está sentada.
 Buenos días, señorita,
 creo que será usted el ama.
 El ama soy señor
 ¿quiere segar mi senara?
 ¿Dónde la tiene señora,
 dónde la tiene sembrada?
 No está en cerros ni en badenes,
 ni en calleja ni en cañada,
 que está entre dos columnas
 que sostienen a mi alma.
 Esa senara señora
 no es para mí segarla,
 que es de condes y marqueses
 o los más ricos de España.
 Ségela buen segador
 se le dará a usted la paga².

-Qué bien recitas. Chachas, hoy me voy a ir más temprano, que mientras llego al chozo me oscurece y no quiero encontrarme con el fantasma.

-¡Qué tontería!

-¿Tontería? *Pos* la otra noche Petra Hermosa lo vio cerca de su casa –la autoridad de la mencionada anciana parece dar más credibilidad al comentario.

-¿Y cómo era, cómo era? –preguntan al unísono el coro de costureras.

-Dice que medía lo menos dos metros, que los ojos le echaban chispas y que puede volar –describe exageradamente una de las allí presentes.

-Pues yo no me lo creo.

² Romance popular extremeño.

-Ahí os dejo con vuestro fantasma. Yo me voy al velatorio –una de las costureras, avíos a la cintura, se despide.

-Nosotras vamos luego.

-Espérame, me voy contigo –se levanta igualmente otra compañera y ambas dirigen sus pasos al secular rito fúnebre.

Un triste sonido de campanas anuncia la defunción de, por el número de toques, una mujer. Todas saben de quien se trata. En los pueblos las enfermedades y el paso a otra vida de sus vecinos es presagiado a veces con excesiva antelación.

-Escuchad, escuchad,... la agonía –dice Amparo perdiendo la vista como queriendo acompañar el sonido de las campanas con ella.

XVIII

¡Qué pena! Este era el único comentario con el que se levantó el pueblo. El sonido de la agonía que aún se oía por el Toledillo viajaba por las aceras, de boca en boca. La gente, volando sin palabras, iba de un lugar a otro, buscando una explicación a tan dramática pérdida.

El cura se personó a la casa de la finada. Allí, acompañado de su viudo, leyó algunas de las últimas palabras cristianas que junto a la mujer, amortajada, se escucharían.

La sala y la alcoba, repletas de lutos y llantos, rezaba en fúnebre coro un interminable rosario.



-¡Qué pena de hombre! Lo solo que se ha quedado.

-Y encima con los disgustos que le da el hijo.

-Es buen muchacho pero mira la ocurrencia que ha tenido, enamorarse de una ricachona.

Las tres enlutadas mujeres hilaban palabras alrededor de su fúnebre rincón.

Otras dos, sin dejar de recorrer con sus dedos el rosario, aludían a las historias y misterios con que la muerte nos obsequia.

-Antiguamente se vaciaban todos los cántaros y barreños que hubiera llenos de agua. Ahí, por lo visto, se esconde el espíritu del muerto.

-¡Ay, que pena ser *probe*! ¡Que no pueda llevar la santa ni una mala tapa en la caja! –suspira su compañera.



En la alcoba, con la oscuridad que proporciona una única y lánguida vela, permanecía perfumada la madre de Juan. Junto a los rezos siempre había un suspiro proveniente de un ser querido lanzado al vuelo.

-Si parece que está dormida.

Dos vecinas entran. Miran al alargado camastro, desprovisto de jergón alguno, y aún sin oírse ellas mismas su voz, lamentan,

-Con lo bien que estaba, que hace *ná* estaba embarrando la *fachá*.

-Si es que no somos *naide*.

El eterno soniquete del rosario asomaba en los labios de todas las presentes.

-Aquí traigo caldito para que se entonen estos hombres –ofrecía otra barcarrotea.

-Ahí dentro en el corral los tienes –le contesta, sin soltar el rosario, una de las allí sentadas.

Vuelven las mujeres a sus ociosos quehaceres de buscar solución al tedio de la noche, refugiándose en muertas palabras.

-La *probe*. Y mira que se ha gastado duros en la botica de Larios.

-*Ná*. Dinero *tirao*. Cuando te llega la hora no hay *ná* que hacer. La Muerte no sabe leer pero conoce nuestra letra.

En un rincón, olvidado y triste, en un centenaria mecedora, permanece Juan. Solo, da la mano a su tristeza y, con la imagen blanca de su madre al lado, observa un secular retrato de la Virgen del Soterraño que cuelga a su espalda. Lo coge como buscando abrigo a su espíritu.

-Yo sé que hay muchos que no creen en ti, que no se acuerdan de ti nunca, pero, como yo ahora, aunque sea egoísmo, te necesito. Sé que existes, porque te necesito.

Mírala, virgencita del Soterraño. Ahí está mi madre, con esos ojos sin vida. Con esas manos frías que tú sabes que tanto me acariciaron desde el día en que nací. ¿Y ahora qué? ¿Por qué te la llevas? A ella, que tanto cariño ha dado sin pedir nada a cambio. ¿Por qué me dejas tan solo? ¿Qué mal te he hecho?

Mira, virgencita, cómo se queda la casa. Ya todo es tristeza. Mi padre y yo andaremos sin rumbo por estos pasillos, por estas habitaciones, buscando su mirada, sus palabras. Para nada. Nunca volveremos a oír su voz cada mañana. ¿Sabes que desde niño era eso lo primero que deseaba? Oír su voz. Pero esa voz ya se ha apagado. Quedará su rostro en algún amarillento y rasgado retrato para recordarla, pero... su voz no la podré escuchar más. ¿Dónde irá, virgencita? ¿Dónde irá esa voz que tanto me enseñó y tanto cariño pronunció?

Tú sabrás, virgencita del Soterraño, por qué has hecho esto. Tú que hiciste que ella naciera, no puedo ahora guardarte rencor. Tú que permitiste que pasara una infancia feliz, derrochando su niñez por estas calles de Barcarrota, ahora no puedo echarte en cara esta triste noche. Pero una cosa te pido, donde quiera que vaya, cuídala, cuídala mucho, por lo menos como premio a lo tanto que ella a mí me ha cuidado. Te lo agradeceré eternamente.

Se hace el oscuro en su alma. Ya la casa, si aún pudiera, parece más triste. La noche se antoja eterna. El ánimo y compañía de tanta buena vecina y la visita de algunos amigos harán más llevadero el camino hacia la última mañana de la madre en casa.

Triste canta el gallo esta madrugada. Más triste es escuchado.

XIX

Amanece en Barcarrota. El repetido trajinar de mulas y burros, el humo de las tahonas y el *din dón* de las primeras campanas ofrecen la estampa inmóvil de los siglos.

Un amplio coro de taponeros se afana en sacar utilidad de la tosca piel de los alcornoques. Allí, en el patio del boliche, buscan dar forma a las rudas planchas de corcho, logrando con habilidad extraer tapones de las iniciales informes piezas.



Mientras, cantan. Los taponeros son el germen de los orfeones en el pueblo. Su labor es tediosa y el ensayar buenas partituras forma parte de su entretenimiento. Las manos ocupadas y la garganta activa. Luego, lo aprendido y perfeccionado, servirá de regocijo general en las fiestas del pueblo o en los eventos religiosos donde su concurso es reclamado y fuertemente aplaudido.

Castiños barcarroteños parece escucharse mientras laboran, sentados todos en sus sillas de enea, en tanto aparece una joven con un moreno niño de la mano.

-Padre, no se descuide que esta tarde tiene que ir al ayuntamiento y antes ha de arreglar la huerta y dar de comer a los cochinos.

-Ya me voy,... ya me voy,... ¡Cuánto trajín! —dice uno de los taponeros mientras se levanta y sacude el polvo de su mandil.

Una vez que el concejal se ha ido el corro comienza una conversación en torno a la labor de los munícipes.

-¡Pues no lo está haciendo mal el alcalde de ahora! —espeta uno.

-¡Sí, pero lo más importante lo tiene abandonado! ¿Para cuándo se va a decidir a hacer una charca para el abrevadero de las bestias en la feria?

-Tienes razón. Eso sí que es necesario. Pero venga, dejáros de gaitas y a cantar que nos coge el toro.

-Espera, *chacho*, tráete algo de vino, que se nos seca el instrumento —reclama otro la presencia de un ayudante.

Aparece éste con un espiche colmado de vino tinto que reparte entre los taponeros.

-Tened cuidado que luego dice el cura que desafináis —pronuncia el ayudante de menuda figura pero amplia alma.

Y vuelven a entonar la pieza iniciada. El ensayo les llevará hasta la tarde y el oficio hasta el hastío.

XX

En el ayuntamiento, en su salón de reuniones, se encuentra el concejo. El alcalde, a la sombra del secretario, continúa la casi concluida sesión.

-Seguimos. La Comisión de Ornato Público, leo textualmente, propone que se retire la fuente de mármol que se halla en la parte inferior de la estatua de Hernando de Soto y elevar la citada estatua a la altura necesaria por medio de la colocación de gradas, de manera que dicha estatua quede reducida a monumento que perpetúe la justa fama del ilustre guerrero



Hernando de Soto, conquistador de la Florida y natural de esta villa –lee el alcalde.

-No es mala idea. Así lograremos dar realce al monumento y que no sea simplemente el adorno de una mera fuentecilla –apoya un aún no muy maduro concejal.

-Y se le podía poner un enrejado alrededor, como el que valla toda la plaza –dice, sin soltar el puro, el edil de las redondas gafas.

El alcalde, aguantando el frío del gélido salón, da por zanjado el asunto.

-Si todos estamos de acuerdo, propongo comisionar al Sr. Méndez para que, contando con nuestra confianza, se encargue de toda la obra. Anote bien todo eso ahí, Sr. Secretario. Más asuntos.

-Por cierto, señor alcalde, ¿no se va a hacer nada con eso del fantasma que ronda a nuestros vecinos?

-¿Tú también te crees esos cuentos de viejas alcahuetas? –parece molestar al máximo responsable municipal la pregunta.

La conversación se torna monotemática. Preocupa el caso a los presentes.

-Sí, pero el caso es que, cuando oscurece un poco, no hay puerta ni ventana que no esté cerrada.

-Tiene razón Alfredo. La gente no se fía y tiene miedo –apostilla otro concejal.

-Bueno, mandaré a un par de guardias a que vigilen por la zona donde dicen que lo han visto –señala el alcalde.

-Por lo visto es por el Altozano –expone otro.

-Claro, en las afueras del pueblo. Como al lado no hay más que campo, tiene donde correr si alguien lo ve.

-No se hable más del asunto. Esta noche comienza la guardia. Más cosas –concluye el alcalde no muy de acuerdo con su propia decisión.

-Señor Alcalde, ¿cómo va lo de los pilares que hablamos en el pleno anterior?

Y con esta pregunta el final de la reunión parece alejarse. Los sillones de aterciopelado respaldo rojo acogen el derrumbe de unos hombres que creían finiquitada la oficial reunión. El hastío se dibuja en sus caras. Los relojes parecen alargar el recorrido de sus minúsculos segunderos.

El repetido trajinar de mulas y burros, el humo de las tahonas y el *din dón* de las últimas campanas vuelven a ofrecer la estampa inmóvil de los siglos.

XXI

Los raídos palos que soportan la techumbre aguantan a la vez la lluvia que sutilmente cae sobre la noche. Juan, sentado en el camastro, espera ansioso, una noche más, la llegada de Clara.

-¿Cómo que has tardado tanto? -dice al verla entrar.

-Oí ruidos en una esquina y me tuve que esconder -responde Clara mientras se desprende de la túnica blanca que le protege de la mirada inquisitorial de los vecinos.

Juan invita a Clara a sentarse a su lado. La conversación se prevé tierna.

-Ven aquí conmigo, Clara, tenemos que hablar.

-Lo que tú quieras.

-¿Qué vamos a hacer? ¡Así no podemos continuar!

-Ya te comprendo pero.... - Clara duda y teme el fin de la propuesta.

-No sé pero, algún día, tu padre va a descubrir que faltas todas las noches de casa. ¡Vámonos! ¡Escapemos juntos! -Clara enmudece-. No contestas. ¿Qué piensas?

-¡Es una locura! ¿Dónde vamos a ir?

-No sé. A algún lugar lejos de aquí. Yo buscaría un trabajo más limpio que el que tengo ahora y seríamos una pareja feliz.

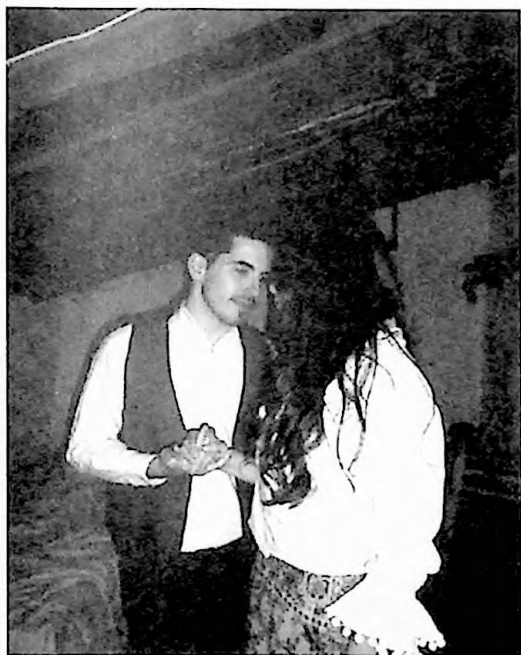
-Pero, y mis padres. ¿Cómo voy a abandonar a mi madre? Se moriría.

-La mía ya lo ha hecho.

-Lo sé, Juan -dice Clara agachando la cabeza, arrepentida por el comentario.

-Estoy muy solo. Tú eres lo único que tengo y que me hará continuar. No me abandones tú también.

-Sí, Juan. Pero lo que quieres es muy complicado. Muy peligroso.



¿Dónde iría yo? Yo que he estado siempre cerca de mis padres. No sé vivir sin ellos.

-Pero me tienes a mí. ¿No te basta con eso? –intenta convincente Juan.

-No sé. No corramos tanto. Somos muy jóvenes.

-Sí, demasiado jóvenes. Algún día llegará otro hombre y me olvidarás. Seguro que me olvidarás y le darás a él todos los besos que a mí no me pudiste dar.

-No digas eso, Juan. Tú eres el único y siempre lo serás. No pienses nunca que pueda ser el último beso. Nos queda toda una vida de besos.

El frío que inicialmente inundaba la estancia ha quedado reducido a un tierno calor. Al fondo, las velas parecen apartar sus ruborosas llamas de la mirada de los amantes.

XXII

Ha tardado poco hoy en oscurecer en Barcarrota. Tal vez queriendo evitar la tarde ser testigo de un triste presagio.

En la calle, y como indicaba aquel concejal, las puertas y postigos de las casas del pueblo comenzaban a cerrarse. Un extraño e infundado miedo recorría Barcarrota como cada una de las últimas noches. Nadie se fiaba



de la verisimilitud de la historia del fantasma. Todos se protegían tras las paredes de sus viviendas, por si acaso. Siempre se escuchó decir que las ánimas benditas de Barcarrota corren por los tejados, unas detrás de otras. Y las leyendas con sus coplas insuflan miedo a los lugareños, inmaterial herencia de sus ancestros.

Suena el dorado llamador en la casa del alcalde. Allí ha llegado un serviciario a su requerimiento.

-Ya estoy aquí señor alcalde y con la escopeta que me mandó traer —dice enarbolando una larga arma, boina ceñida, el ayudante.

-Bien. Vámonos.

Ambos parten en busca de un supuesto espectro y escudriñan cada rincón de la villa.

Después de mucho recorrer las empedradas calles a lo lejos parece atisbarse una rara sombra. El alcalde, silencioso, señala. Avanzan. No



parece valor lo que el ayudante rebosa. Están cada vez más cerca del motivo temeroso de los vecinos. Ni un ruido acompaña a los solitarios vigías.

-Allí está -señala el alcalde.

Eso debe ser lo que buscan. Un espigado cuerpo cubierto con larga túnica blanca que se diluye rápido entre las sombras.

-¡Dispara! -indica el edil.

El acompañante contiene el aliento. No se atreve a apretar el gatillo de la escopeta. El sudor da brillo a su frente.

-¡No puedo!

-Trae, inútil. No sé para qué te pago -rotundo y malhumorado le quita el arma al nervioso labriego. Un seco disparo retumba en la noche.

Ha acertado el alcalde. Justo junto a la fuente que existe en el centro de la plaza del Altozano de Barcarrota cae un cuerpo extraño, misterioso, desconocido su origen y rostro por sus perseguidores.

El aire caliente de la primavera mueve las ya retoñadas ramas de los viejos árboles que engalanan la plaza.

El alcalde, no falto de desconfianza, se acerca al bulto que yace junto al pretil granítico del surtidor. Sus cuatro caños ponen pausada música a la oscuridad.

El alcalde retira la leve capucha que oculta el rostro de lo desconocido. Una nítida marca de terror se acumula en su mirada.

-¡Clara! ¡Clara!

El fantasma que por las noches inquietó a los vecinos de Barcarrota no era otro que Clara, la enclaustrada muchacha que tantas veces, en secreto, burló su presidio en busca del amante.

-¡Éste es el fantasma que me perseguirá el resto de mi vida! -tuvo aún tiempo de añadir a sus lamentos el dolorido alcalde.

Cuentan que, cuando uno está a punto de morir, en breves segundo se hace un recorrido completo del pasado vivido. La muerte de Clara, como suponiendo la muerte en vida del padre, hace transitar por la mente de éste un triste ramillete de imágenes conservadas en su memoria. Allí veía los juegos junto a su aún tierna hija. Los primeros regalos. Los atentamente seguidos cuentos. Sus risas. Los abrazos. Las caricias. Todo iba recorriendo su mente mientras sujetaba el ya sin vida cuerpo de su hija. Imágenes veladas y sepias que le acompañarían el resto de sus días.

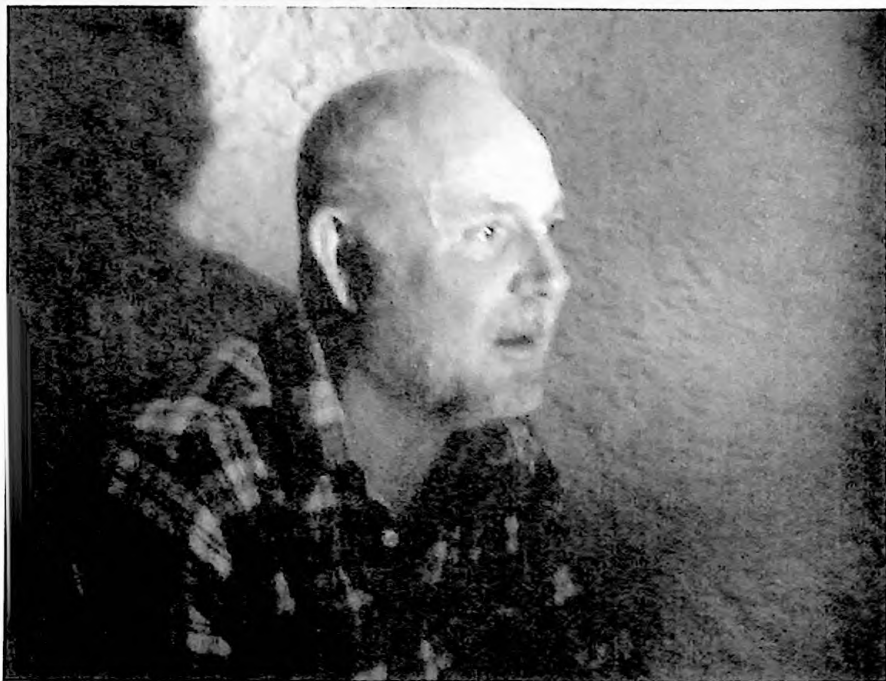
Desde lo alto de Barcarrota la luna observaba la escena. Su luz parecía alumbrar únicamente la cara del alcalde como señalándole de por vida por su excesivo e incomprensible castigo. Castigo que desbocó en la escena que ahora se observa en la noche y que seguramente se conservará y evocará en los venideros siglos.



XXIII

El azud seguía soltando agua por el aliviadero hasta el cubo. Las alabas del rodezno continuaban haciendo girar la piedra volandera del molino y su sonido permanecía acompañando al viejo molinero, como reiterativo y pétreo soniquete.

La tormenta se había aplacado y, aún así, la estancia continuaba oliendo a esa tierra mojada que sólo, casi al principio de la primavera, se puede disfrutar por estas tierras.



-Y es por eso que en la Plaza del Altozano, encima de la fuente, pusieron la cruz que aún se conserva –parecía el colofón de tan inquietante historia.

El viejo molinero, que no ha variado su posición durante la narración de toda esta leyenda, acaricia al gato, ahora como tesoro heredado de su juventud. El nieto continúa mirando y escuchándolo con excesiva atención.

-Y, abuelo, ¿qué fue de aquel joven? ¿Qué fue del novio de la hija del alcalde? –no quiere quedarse con esa sustancial duda.

Al molinero se le comienza a mostrar, como inevitable, un brillo en los ojos que denota que la historia hasta ahora contada no le es en nada ajena.

-Nunca se volvió a saber nada de él. Desapareció sin dejar huella.

-¿Dónde andará?—suspira el nieto, ya casi queriendo dar por concluida la historia para abrazarse al sueño que, susurrando, tanto tiempo lleva requiriéndole.

-Vete a saber qué vida llevará ahora —apunta acariciando con especial cariño al gato que, arisco, continúa en su regazo— ¿Sabes que hay muchos gatos que se parecen? Pero, te voy a decir una cosa para que no *te se* olvide. No es que se parezcan, sino que a veces es el mismo.

El anciano no puede ya disimular las lágrimas que amenazan con desprenderse y deslizarse por su curtido rostro, evitando los surcos que tan pronunciadas arrugas ha dibujado irremediabilmente el tiempo.

-Eso de las siete vidas del gato es verdad, pero nunca se sabe cuál fue su primera y cuál será su última vida —emocionado concluye.

Aún le queda, escondida en un reservado especial de su memoria, aquella estrofa que en su juventud escuchó:

Tres cosas hay en mi pueblo
que relucen como el oro:
mi madre que quiero tanto,
mi novia que es un tesoro,
mi Virgen del Soterraño.

FIN



DIARIO DE GRABACIÓN

A continuación se detalla brevemente los días de rodaje, así como los lugares y personajes que intervinieron en la grabación de la película extraída de este texto.

Todas las escenas de la película “La Cruz del Altozano”, exceptuando las dos del molino, grabadas éstas en Almendral, han sido rodadas en Barcarrota, en los lugares que se citan a continuación:

24 de noviembre de 2012/8 de junio de 2013

Molino principio y final

Esta escena se grabó en un antiguo molino situado en la localidad vecina de Almendral, propiedad de Juan Francisco Nogales Muñoz, desde las 16'00 horas hasta bien anochecido. Se realizó el 24 de noviembre de 2012.

Se aprovechó para grabar la escena primera y el final de la película.

Por problemas con el sonido hubo que repetirla, casi íntegra –sobre todo la parte de los diálogos- el 8 de junio de 2013.

En ella intervinieron José Joaquín Alzás Casas, como el molinero y Mario Cacho Águedo en el papel del nieto.

El molinero fue caracterizado, lográndole echar varios años encima, por Sandra Hermosa.

19 de enero de 2013

Velatorio

La segunda escena grabada se realizó en la casa que Joaquín Albarca González y M^a Cándida Alzás Trejo poseen en la calle Olivo, núm. 31 de Barcarrota.

Las voces que aparecen rezando el Rosario se grabó aparte para luego servir de fondo en toda la escena.

El monólogo del protagonista con su madre muerta que se ve al final de dicha escena se grabó otro día situándose posteriormente en su lugar.

En dicha escena aparecen:

Joaquín Albarca González

María Amado Vergara

Agustín Blanco Guerrero

Mari García Blanco

Pilar Gordillo Gutiérrez

Ángela Guerra Guerrero

Teresa Lara Borrachero

Manoli Lara Salguero

Rosario Macías Zafra

Marisol Mangas Montero

Emilia Palino

M^a Carmen Pérez Gutiérrez
Abel Pérez Lara
M^a Teresa Ricis Hernández
Carmen Rodríguez Palomo
Isabel Romero Merchán
M^a del Soterraño Triguero Llera
Toni Viera Fernández

20 de enero de 2013

Primer y segundo pleno

El salón de plenos del ayuntamiento de Barcarrota sirvió para acoger estas dos escenas. Aunque se grabaron el mismo día aparecen en momentos distintos de la película. Para ello se intentó acondicionar el lugar con iluminación y decoración propia de la época.

Los que intervienen en dichas escenas son:

Manuel Alzás Casas
Fernando Benegas Hinchado
Félix Raúl Cordon Carvajal
Luis Cordon Rubio
Cristo Guerra Guerrero
Pedro Antonio Iglesias Castillo
Wenceslao Pérez García
Antonio Puente Palo
Anastasio Ricis Alfonso

26 de enero de 2013

Ermita

La Ermita de la Soledad de Barcarrota acogió esta grabación gracias a la colaboración del párroco local Francisco Gallego Bélmez.

La música de fondo corresponde a *O Salutaris*, interpretada y cedida por la Coral Barcarroteña “José Antonio Hernández”.

La entrada de las dos mujeres a la ermita hubo que repetirla, ya que en la primera se veía claramente una farola –lo que hubiera sido un error histórico. Otros habrá- y se grabó el 4 de mayo. Los protagonistas de esta parte de la película fueron:

Carmen Albarca Sánchez
Agustín Blanco Guerrero
Loli Cordon Carvajal
Lali Cordon Mesa

Josefa Díaz Gordillo
Joaquina Domínguez Falcón
Rosa Gómez Bueno
M^a José Jaramago Lanchazo
Esperanza Larios Cadenas
M^a Carmen Macarro Vázquez
Toni Mangas Montero
Pilar Redondo Álvarez
Rufi Triguero Saavedra

3 de marzo de 2013

Hijo/madre

Como queda anteriormente dicho, aparte de grabar la escena en sí de la conversación del hijo y la madre enferma, este día se aprovechó para grabar el monólogo final del velatorio.

Los dos únicos que intervienen en esta escena son:

Abel Pérez Lara y Teresa Lara Borrachero.

9 de marzo de 2013

Casa alcalde

Clara/amigas

Este día se utilizó para grabar dos escenas que, luego en la película, aparecerían distantes en el tiempo: la llegada del alcalde a su casa para castigar/encerrar a la protagonista y la visita que, días después, hacen unas amigas a Clara.

Se rodó en la casa que la familia Sánchez García cedió para ello, situada en la calle Hernando de Soto.

En estas escenas aparecen:

Joaquina Domínguez Falcón
M^a José Jaramago Lanchazo
Miriam Laso Mangas
Marta Palomo Jaramago
Laura Pinilla Albarca
Teresa Pluma Jaramago
Anastasio Ricis Alfonso
M^a Concepción Rodríguez Ferrera

23 de marzo de 2013

Encuentro pareja primera y segunda.

Otra vez la casa situada en la calle Olivo, 31, esta vez en su doblado, sirvió para grabar los dos encuentros amorosos que, a lo largo de la película, realizan la pareja protagonista: Marta Palomo Jaramago y Abel Pérez Lara.

6 de abril de 2013

Costureras

Una fachada de la calle Toledillo, por mediación de Wenceslao Pérez García, se aprovechó como fondo para esta escena. Se grabó a partir de las 16'00 horas y en ella intervinieron:

Vicenta Águedo Galván

Dolores Carvajal Galván

Maribel Ferrera Ramírez

M^a Carmen Gómez Borrachero

Encarna Gómez Gómez

María Gómez Llera

Soledad Mesa Montejano

Purificación Rosado Villa

3 de abril de 2013

Linderos

El cordel o cañada real que cruza la carretera de Alconchel, aprovechando la belleza del campo en estas fechas, fue el lugar donde transcurre esta pintoresca escena. El rebaño de ovejas de Antonio Reyes Pérez sirvió de inicio y también como acompañamiento de sonido a esta parte de la película. En ella aparecen:

Manuel Alzás Casas

Cristo Guerra Guerrero

Francisco Joaquín Pérez González

Elisa Pérez Pinilla

Agustina Pinilla Montero

Anastasio Ricis Alfonso

14 de abril de 2013

Fotógrafo/sillero

La calle que cruza, en su final, desde la Pina a la de los Mártires, en concreto el antiguo muro allí existente, fue el lugar utilizado como fondo a esta escena grabada a lo largo de la mañana. En ella encontramos a:

Elena Alzás Gómez

María Arce Navarro
José Antonio del Río Rodríguez
Faustino García Maure
Rosa Gómez Bueno
Ángel Gómez Jaime
Toni Jaramago Lanchazo
Mari Carmen Macarro Vázquez
Elena Pérez Lara
Claudia Rodríguez Asensio
David Torvisco Alzás
Laura Torvisco Alzás
Isabel Vinagre Escudero

20 de abril de 2013

Bodega

La bodega "Sánchez Cuellar", en la calle Jerez, sirvió de escenario a esta parte de la historia. Las antiguas mesas de madera, provenientes de Almendral, eran propiedad de Manuel León Sosa. En esta escena se ve la participación de:

Joaquín Albarca González
Yolanda Alzás Domínguez
Agustín Blanco Guerrero
Cristo Guerra Guerrero
Manuel Esteban López Saavedra
José María Olivera Pérez
Juan José Palomo Bermúdez
José Joaquín Pérez González
Abel Pérez Lara
Juan Ramón Reyes Triguero
José Miguel Serrano Domínguez
José Torres Navarrete

26 de abril de 2013

Vía Crucis

Esta breve aparición se debió grabar el Martes Santos pero, ya que llovió, hubo que simularla otro día. Se hizo en la plaza de la iglesia de Santiago. En ella aparecen los pies, entre otros, de Carmelo González Morales, Agustín Blanco Guerrero, Servando Rubio Domínguez,...

28 de abril de 2013

Escena campestre/niños

El camino conocido como de las *Bombonas*, ya en la parte que da con la pared de la *Dehesita*, fue el lugar donde transcurre esta animada escena, rodada, tal vez, *el día más frío del año*. El burro y la gallina pertenecen a Julio Lindo Martínez y los personajes que van apareciendo son:

Raúl Cerdón Saavedra
Jesús Cuenda Maqueda
Marcos Cuenda Maqueda
Pablo Gallego Alzás
Alba García Núñez
David Gutiérrez Gordillo
Pablo Gutiérrez Gordillo
Nerea Herrera Balsera
Ismael Jaime Padilla
Pablo López Ríos
Inmaculada Lorenzo González
Alberto Maqueda Gómez
Alejandro Maqueda Gómez
María Martín Borrego
José Manuel Mejías Casas
Álvaro Pedrero Frade
Gloria Pérez González
Mónica Pérez González
Miguel Antonio Pérez Pinilla
Jesús Ricis Gómez
Gabriela Rodríguez Asensio
Francisco Romero Pedroso
Servando Rubio Domínguez
Adrián Rubio Vaca
Eva Silva Tanco
María Silva Tanco
Lorena Torvisco Mesa
Alejandro Vinagre Pinilla
Lucas Zafra Mangas

4 de mayo de 2013

Llegada del alcalde en coche

En la casa de la familia Sánchez Mata, en concreto su fachada, es donde

se simula la situación de la casa del alcalde. A ella llega éste en un antiguo coche propiedad de Manuel Méndez Vázquez, vecino del Valle de Santa Ana. Los dos únicos personajes que se pueden ver en esta escena son: Anastasio Ricis Alfonso y Mercedes Sosa Vaquerizo.

5 de mayo de 2013

Lavanderas

El pilar del campo conocido como *La Fresnera*, a escasos dos kilómetros de Barcarrota, en dirección a Salvaleón, sirvió de natural decorado a esta parte de la película. Son muchos los personajes que allí se ven, siendo sus nombres:

Feliciana Alzás Domínguez

M^a Cándida Alzás Trejo

Marian Benavides Pizarro

Ángel Borrego Benavides

Fco. José Borrego Benavides

Elena Charneco Larios

Sergio Contador Gordillo

Rosa Franco Saavedra

Encarna González González

Maribel Pinilla Montero

Eva Tanco Alzás

8 de mayo de 2013

Camino de las lavanderas

La escena de las dos lavanderas que aparece en la película entre la carbonera y el estanque fue rodada en el camino que, saliendo del de las Bombonas, concluye enfrente del Llano de la Cruz. Las dos lavanderas son: Elena Charneco Larios y Eva Tanco Alzás.

9/13 de mayo de 2013

Recuerdos

El primer día se grabó parte de esta escena, concretamente la totalidad de la niña mediana y dos escenas de la mayor en la casa de la familia Sánchez García en la calle Hernando de Soto, con la participación de Carmen Pérez Pinilla y Adriana Rubio Triguero, así como de Anastasio Ricis Alfonso.

El lunes 13 del mismo mes se concluyó la grabación de esta escena en las casas igualmente situadas en la calle Hernando de Soto, propiedad de las

familias Fernández Prats y Sanz Cuevas. En esta ocasión se contó con el bebé Lucía Rodríguez Macquart y de nuevo con Adriana Rubio Triguero.

9 de mayo de 2013

Puertas, ventanas

Estas escenas se grabaron en diversos puntos de Barcarrota y sirven para las escenas finales y para situar el exterior del doblado donde se encontraban los amantes.

21 de mayo de 2013

Corcho

Se grabó esta escena en el antiguo Cuartel de la Guardia Civil (C/ Viento) de Barcarrota, propiedad de la familia Correa Hurtado. Para ello se contó con una nutrida representación de la Coral Barcarrota "José Antonio Hernández" que prestó su voz para adorno musical de esta película. También aparecen la hija de un concejal y un niño que le acompaña, siendo estos Ana María López Ferrera y Jorge Llinás Pérez. Los taponeros son:

Juan Correa Sánchez

Francisco Gallego Bélmez

Enrique García Píriz

Francisco Luis Hermosa Gómez "Niñito"

Ramón Lagunilla González

Julio Murillo González

Servando Pérez Falcón

Antonio Puente Palo

Manuel Torrado Hernández

Alfredo Vista Rodríguez

25 de mayo de 2013

Carbonera

La carbonera de los hermanos Francisco y Valentín Borrachero Jaime fue la utilizada para grabar esta larga escena. Los trabajos en la misma sirvieron de preámbulo a la conversación que en ella se produce. Allí, amén de las dos lavanderas (Elena Charneco Larios y Eva Tanco Alzás) que luego llegarán al estanque, están los siguientes personajes:

Manuel Alzás Sanjuán

Juan Ignacio Cardoso Lozano

Jesús Cerdón Silva
Pablo Lara Cacho
Juan Manuel Núñez González
Abel Pérez Lara
José Antonio Pérez Torres
José Torres Navarrete
Daniel Vinagre Pinilla

24/25 de junio, 2013

1/2 de julio, 2013

Muerte de la protagonista

Las calles de Barcarrota y la Plaza del Altozano fueron el escenario natural donde se rodó la persecución y muerte de Clara, la hija del alcalde, los días indicados. Los personajes que en estas escenas aparecen son:

Alejandro López Ferrera
Marta Palomo Jaramago
Anastasio Ricis Alfonso

6 de julio de 2013 (mañana)

Escena campestre de pareja

Marta Palomo Jaramago y Abel Pérez Lara son los integrantes de esta parte de la película, rodada a orillas del río Alcarrache.

6 de julio de 2013 (tarde)

Carbón a casa del alcalde

Esta breve e inicial escena se grabó en la calle Médico Terrón, en la fachada de la que se supone que es, en la película, el exterior de la casa del alcalde. Únicamente los dos protagonistas intervienen en ella: Marta Palomo Jaramago y Abel Pérez Lara. Anotar como anécdota que esta escena hubo de demorarse ya que la primera vez que se intentó grabar, el burro que tenía que aparecer falleció.

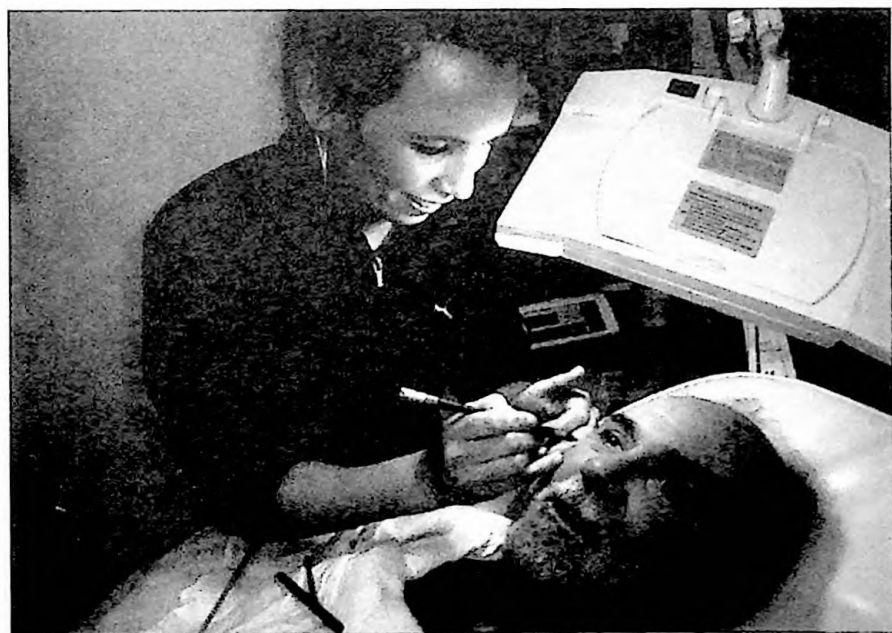
**Lamentamos y solicitamos anticipadas disculpas por la existencia de cualquier posible error en cuanto a ausencias o equivocaciones en nombres y/o apellidos de las personas aquí mencionadas.*

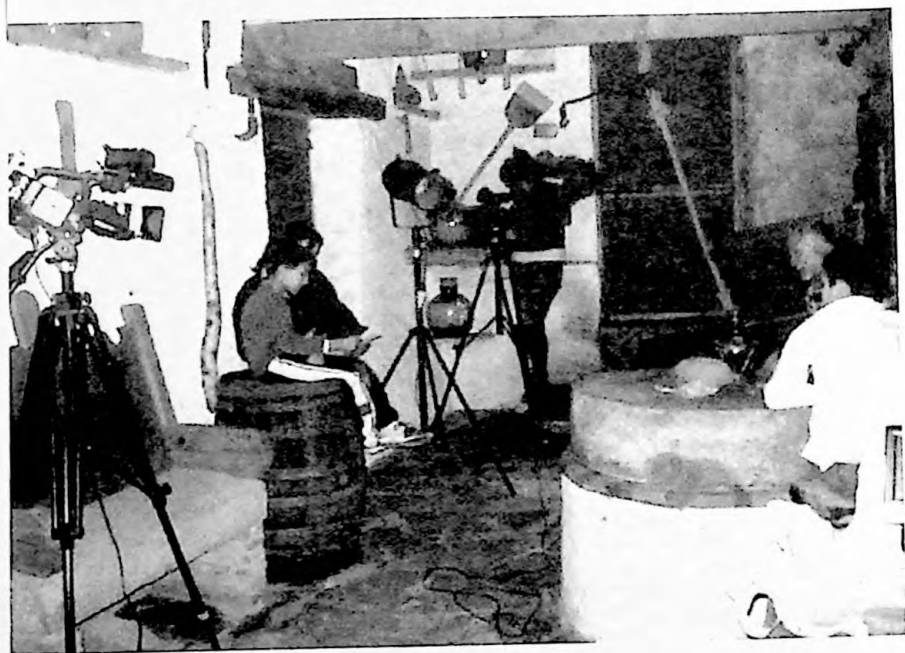
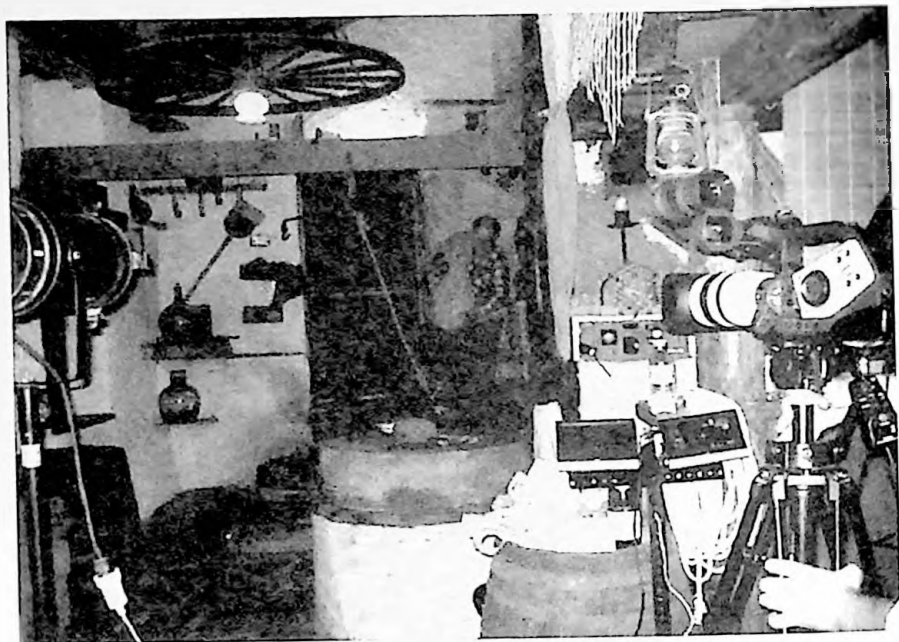


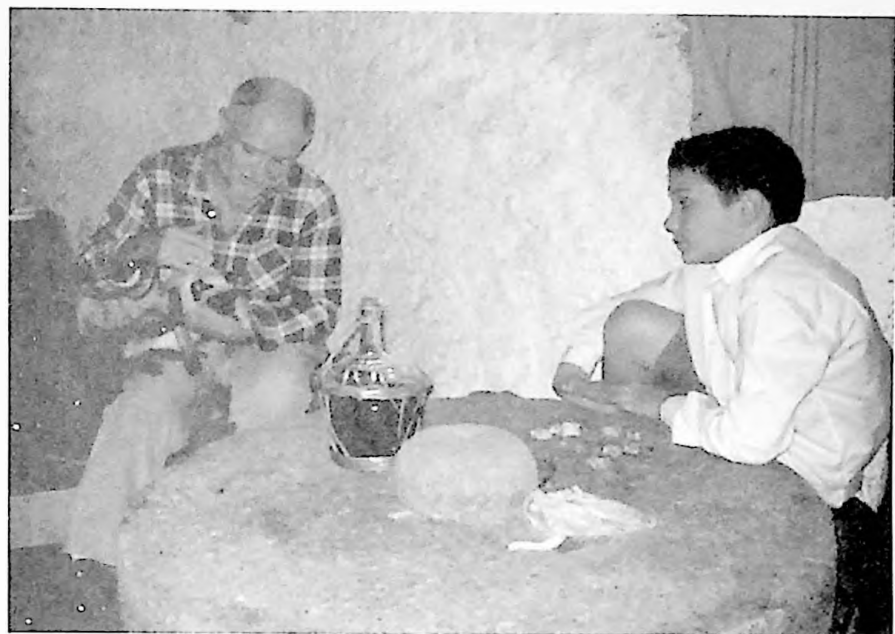
GALERÍA FOTOGRÁFICA

Fotografías de la grabación de algunas escenas de la película
“La Cruz del Altozano”.







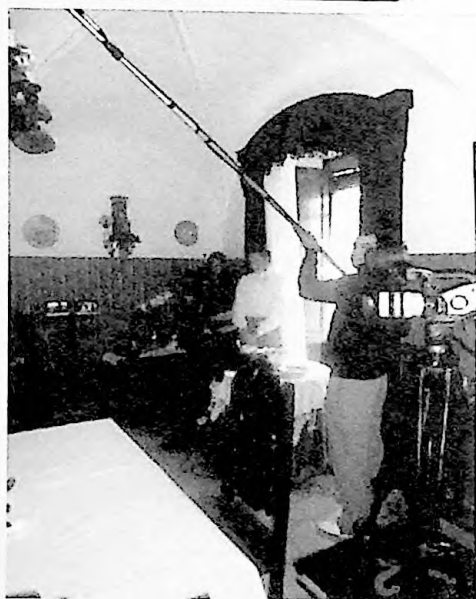






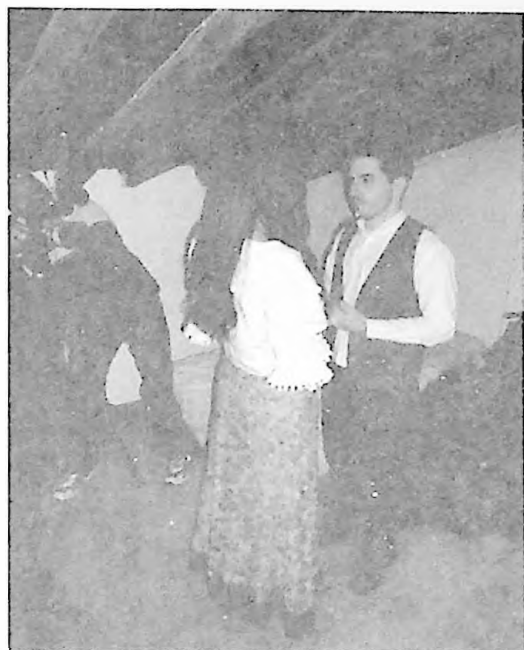




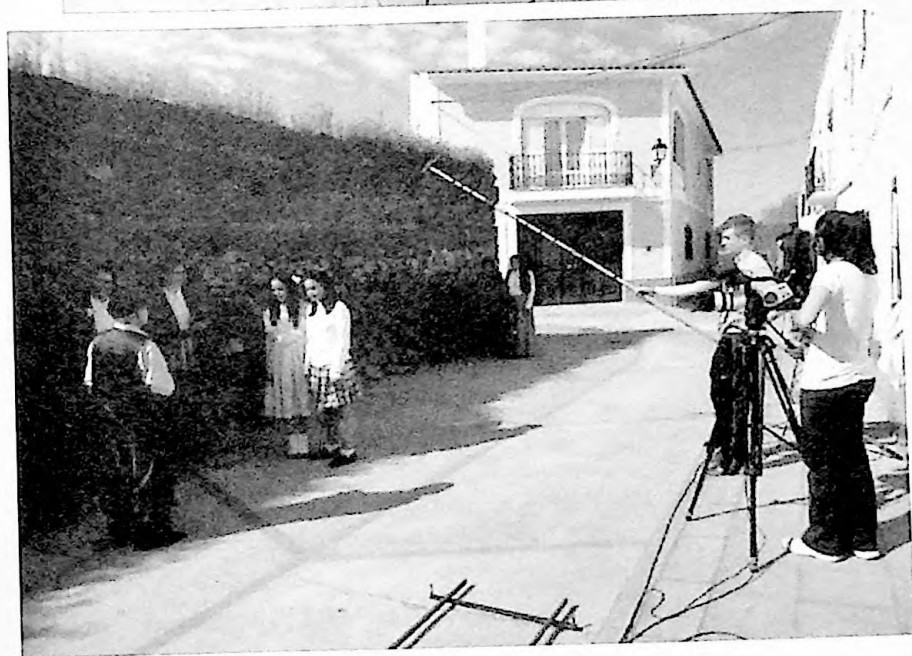














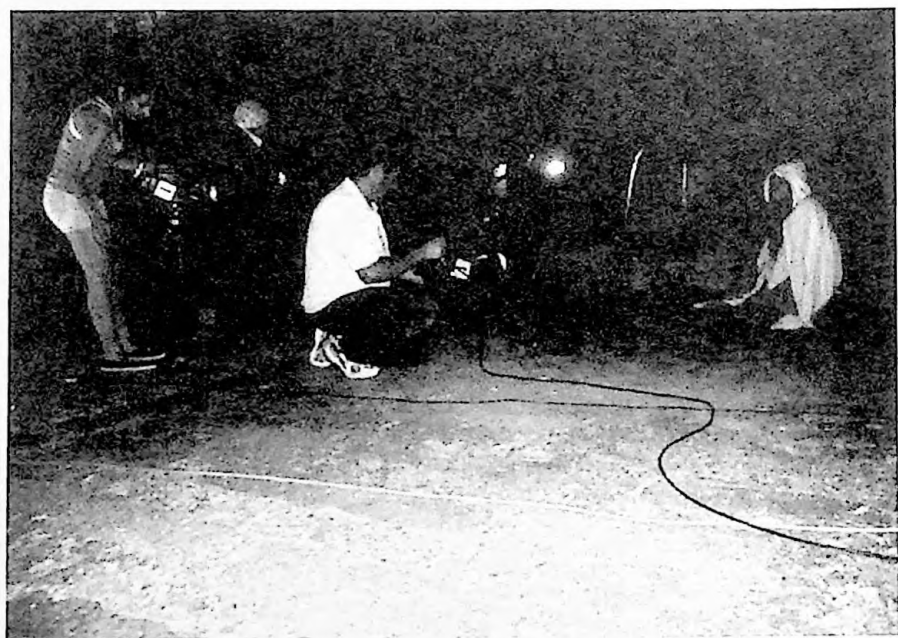
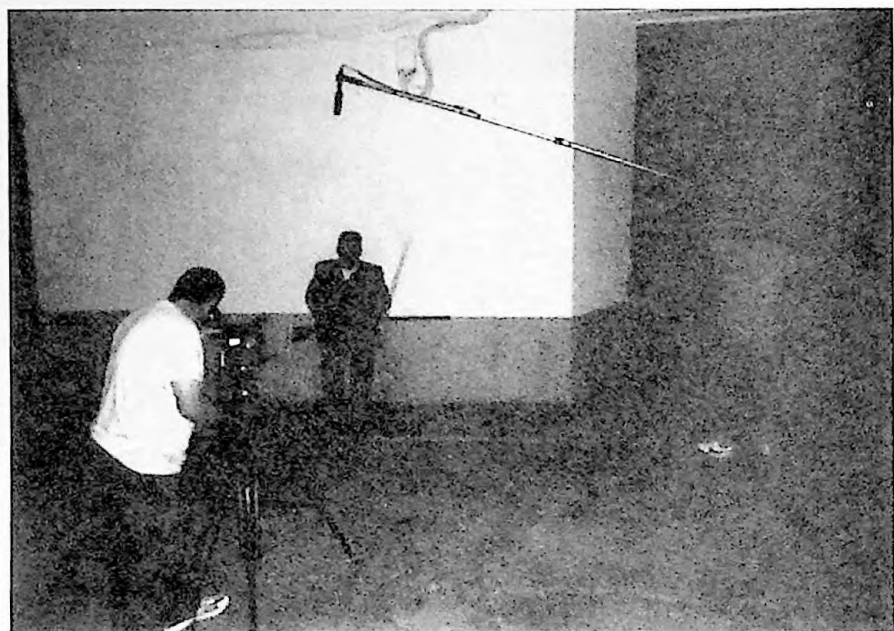


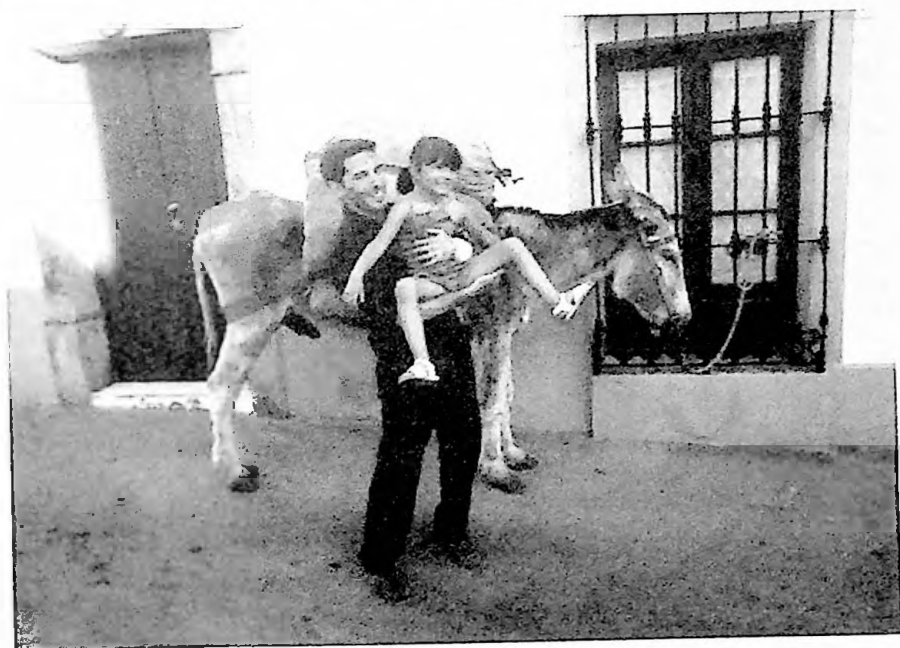












CRÉDITOS

Las personas y entidades que figuran a continuación son las que han hecho posible que el libro que tiene ahora en la mano haya podido ser transformado en la película “La Cruz del Altozano”.

ACTORES/ACTRICES

Participantes en la película “La Cruz del Altozano”

Vicenta Águedo Galván
Joaquín Albarca González
Carmen Albarca Sánchez
José Joaquín Alzás Casas
Manuel Alzás Casas
Feliciano Alzás Domínguez
Yolanda Alzás Domínguez
Elena Alzás Gómez
Manuel Alzás Sanjuán
M^a Cándida Alzás Trejo
María Amado Vergara
María Arce Navarro
Mariam Benavides Pizarro
Fernando Benegas Hinchado
Agustín Blanco Guerrero
Ángel Borrego Benavides
Fco. José Borrego Benavides
Mario Cacho Águedo
Juan Ignacio Cardoso Lozano
Dolores Carvajal Galván
Elena Charneco Larios
Sergio Contador Gordillo
Félix Raúl Cordon Carvajal
Loli Cordon Carvajal
Lali Cordon Mesa
Luis Cordon Rubio
Jesús Cordon Silva
Juan Correa Sánchez
Jesús Cuenda Maqueda
Marcos Cuenda Maqueda
José Antonio del Río Rodríguez
Josefa Díaz Gordillo
Joaquina Domínguez Falcón
Maribel Ferrera Ramírez
Rosa Franco Saavedra
Pablo Gallego Alzás

Francisco Gallego Bélmez
Mari García Blanco
Faustino García Maure
Alba García Núñez
Enrique García Píriz
M^a Carmen Gómez Borrachero
Rosa Gómez Bueno
Encarna Gómez Gómez
Ángel Gómez Jaime
María Gómez Llera
Encarna González González
Pilar Gordillo Gutiérrez
Ángela Guerra Guerrero
Cristo Guerra Guerrero
David Gutiérrez Gordillo
Pablo Gutiérrez Gordillo
Francisco L. Hermosa Gómez “Niñito”
Nerea Herrera Balsera
Pedro Antonio Iglesias Castillo
Ismael Jaime Padilla
María José Jaramago Lanchazo
Toni Jaramago Lanchazo
Ramón Lagunilla González
Teresa Lara Borrachero
Pablo Lara Cacho
Manoli Lara Salguero
Esperanza Larios Cadenas
Mari Puri Laso Mangas
Miriam Laso Mangas
Jorge Llinás Pérez
Alejandro López Ferrera
Ana María López Ferrera
Pablo López Ríos
Manuel Esteban López Saavedra
Inmaculada Lorenzo González
M^a Carmen Macarro Vázquez
Rosario Macías Zafra
Marisol Mangas Montero
Toni Mangas Montero

Alberto Maqueda Gómez
Alejandro Maqueda Gómez
María Martín Borrego
José Manuel Mejías Casas
Soledad Mesa Montejano
Julio Murillo González
Juan Manuel Núñez González
José María Olivera Pérez
Emilia Palino
Juan José Palomo Bermúdez
Álvaro Pedrero Frade
Servando Pérez Falcón
Wenceslao Pérez García
Francisco Joaquín Pérez González
Gloria Pérez González
Mónica Pérez González
José Joaquín Pérez González
M^a Carmen Pérez Gutiérrez
Elena Pérez Lara
Carmen Pérez Pinilla
Elisa Pérez Pinilla
Miguel Antonio Pérez Pinilla
José Antonio Pérez Torres
Laura Pinilla Albarca
Agustina Pinilla Montero
Maribel Pinilla Montero
Teresa Pluma Jaramago
Antonio Puente Palo
Pilar Redondo Álvarez
Juan Ramón Reyes Triguero
Jesús Ricis Gómez
M^a Teresa Ricis Hernández
Claudia Rodríguez Asensio
Gabriela Rodríguez Asensio
M^a Concepción Rodríguez Ferrera
Lucía Rodríguez Macquart
Carmen Rodríguez Palomo
Isabel Romero Merchán
Francisco Romero Pedroso

Purificación Rosado Villa
Servando Rubio Domínguez
Adriana Rubio Triguero
Adrián Rubio Vaca
José Miguel Serrano Domínguez
Eva Silva Tanco
María Silva Tanco
Mercedes Sosa Vaquerizo
Eva Tanco Alzás
Manuel Torrado Hernández
David Torvisco Alzás
Laura Torvisco Alzás
Lorena Torvisco Mesa
José Torres Navarrete
M^a del Soterraño Triguero Llera
Rufi Triguero Saavedra
Toni Viera Fernández
Isabel Vinagre Escudero
Alejandro Vinagre Pinilla
Daniel Vinagre Pinilla
Alfredo Vista Rodríguez
Lucas Zafra Mangas

y

Anastasio Ricis Alfonso
Marta Palomo Jaramago
Abel Pérez Lara

AGRADECIMIENTOS

M^a Cándida Alzás Trejo
José Luis Balsera Chinarro
Familia Barrena Sánchez
Francisca Blanco Méndez
Francisco Borrachero Jaime
Valentín Borrachero Jaime
Luis Canchado Reyes
Cooperativa San Marcos
Familia Correa Hurtado
Alberto Díaz Cáceres
Alfredo Durán Casas
Ignacio Durán Méndez
Eurocork Almendral S. L.
Familia Fernández Prats
Francisco Gallego Bélmez
Soledad García Majó
Enrique García Díaz
Enrique García Píriz
Fernanda Gervás Pavón
Rosario Gómez Borrachero
Magdalena Gómez Jaime
Antonio González Morales
Carmelo González Morales
José Luis González Morales
M^a José González Morales
Marina González Rubio
Antonio Hermosa Gómez
Manuel Lara Borrachero
Manuel León Sosa
Julio Lindo Martínez
Manuel Méndez Vázquez
Juan Francisco Nogales Muñoz
José Antonio Pérez González
Luis Miguel Pérez Sánchez
Familia Pluma Mañueco
José Antonio Ramírez Lozano
Juan Ramos López
Antonio Reyes Pérez

Antonio Rocha Sanz
Pedro Sánchez Cuellar
Gonzalo Sánchez García
Pilar Sánchez García
Soledad Sánchez García
Familia Sánchez Mata
Familia Sanz Cuevas
Manuel Jesús Serrano Álvarez de Luna
Pedro M^a Silvero Castilla
José Sosa Durán
Antonio María Velasco Pérez
y a
Saturnino Domínguez Nieto,
al que primero leímos esta historia.

MÚSICA

-*La Bourre* (M. Praetorius)
Grupo Classic / Retama Folk
- *Mar Celta* (David Saavedra)
Cyathus
-*O Salutaris* (G. B. Martini)
Coral Barcarroteña “José Antonio Hernández”
-*Perantón de Fiesta* (J. T. Sousa)
Acetre
-*La mimbres* (J. T. Sousa)
Acetre
-*Las lavanderas* (Popular/Mansaborá Folk)
Mansaborá Folk
-*Vasito de amor* (Carmelo Guillén Acosta / A. Tirado)
Manantial Folk.
-*Calle Jurumeña* “Fragmento” (Paka Manchón / José Miguel Serrano).
-*Jaberas* “Fragmento” (Arreglos: José Miguel Serrano Domínguez /
Letra: Antonio E. Torrado Visedo).
Coro La Albarca.
-*Castúos barcarroteños* (Antonio Guzmán Ricis)
Coral Barcarroteña “José Antonio Hernández”.
-*Alfa (intro)*. (Jesús Izco Pardo)
Nudo
-*Requiescat in pace* (Marcos Jiménez)

Hybris

-*Castúos barcarroteños* (Antonio Guzmán Ricis / José Miguel Serrano).
Coro La Albarca.

CARACTERIZACIÓN

Sandra Hermosa

DISEÑO GRÁFICO

José Torres Navarrete

TÉCNICO DE SONIDO

Manuel Puente Rodríguez

ARREGLOS SONIDO

José Miguel Serrano Domínguez

AYUDANTE SONIDO

José Ángel Caro Puente

CÁMARAS

Sara Puente Gómez

DIRECCIÓN TÉCNICA Y MONTAJE

Antonio Puente Rodríguez

GUIÓN Y DIRECCIÓN

Agustina Pinilla Montero y Francisco Joaquín Pérez González

**Lamentamos y solicitamos anticipadas disculpas por la existencia de cualquier posible error en cuanto a ausencias o equivocaciones en nombres y/o apellidos de las personas aquí mencionadas.*

*Este libro se terminó de imprimir
el día 12 de agosto de 2013
en los talleres gráficos de Imprenta Rayego.*

Un libro donde se recoge una conocida y secular leyenda de un pueblo del suroeste extremeño, Barcarrota: un alcalde, molesto por las relaciones de su hija con un humilde carbonero, decide encerrarla. Ésta aprovecha las noches y escapa, envuelta en una blanca sábana que oculta su personalidad, para recorrer las calles de la villa en busca de su amante. El alcalde, ante el rumor extendido por el vecindario sobre la existencia de un fantasma, decide ir en busca de dicho espectro.



Incluye fotografías y diario de grabación de la película del mismo título.

EDITA

